

Si tú me miras
Laura Antillano



MONTE ÁVILA
EDITORES LATINOAMERICANA

COLECCIÓN CONTINENTES

Si tú me miras

Laura Antillano

Si tú me miras



1.ª edición en Monte Ávila Editores Latinoamericana, 2023

Si tú me miras

© Laura Antillano, 2023

DISEÑO DE PORTADA

Greisy Letelier

DIAGRAMACIÓN

David Arneaud

© Monte Ávila Editores Latinoamericana C. A., 2023.

Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 22, urbanización El Silencio,
municipio Libertador, Caracas 1010, Venezuela.

Teléfono: (58 212) 485.0444

www.monteavilaeditores.gob.ve

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY

DEPÓSITO LEGAL: DC2023001471

ISBN: 978-980-01-2401-7

*Volvamos a la casa
y contemos las horas y las noches
en silabarios y cartillas,
volvamos a la casa y
encontremos otra vez
el amor*

REYNA RIVAS

*Yo no soy el mar
que es el agua y es la sal,
soy tan solo una ola
que vino
se rompió y se fue,
si alguna huella quedó
seguramente el tiempo
la borró,
¿por qué el mar no se detiene?
¿por qué las olas siempre vienen?*

Canción del grupo CAMELOS DE CIANURO

Capítulo I

Cuando llegamos a Margarita, nunca imaginé las mil situaciones que nos tocaría vivir aquí. Mamá habló de que esta vez sí tendríamos unas verdaderas vacaciones en la playa, y nosotros no lo creímos ¡siempre tiene tanto por hacer! Y si nos es así, a última hora, cuando al fin todo es perfecto, suena el celular y su asistente le dice que algo quedó en el aire, lo que se traduce en que sin ella el universo entero se volvería cenizas. Resulta que mamá es ictiólogo, no, no es ninguna extraña enfermedad, es su oficio, se dedica a los peces, algo como cultivar peces; para cultivar peces hay que pasar la vida entre escamas, aletas y todas esas cosas.

Ustedes se preguntarán ahora: Entonces ¿cómo es que no conocen las vacaciones cerca del mar? Es que mamá trabaja como ictióloga, repito, trabaja, eso no le permite concentrarse en el relax, el relajo pues, el no hacer nada y disfrutar el sol, el mar, las olas, las nubes, está demasiado angustiada con las especies marinas y fluviales en extinción, lo cree su responsabilidad, conclusión: siempre trabaja. Perdemos aviones, se cancelan las reservaciones en el hotel (ya sea en Madagascar o en Cumaná) o sencillamente los amigos se cansan de

esperarla y nosotros también, de modo que todo el mundo abandona y regresa a sus ocupaciones habituales.

Por esta razón, cuando nos vimos en el aeropuerto, con las maletas en orden, los aceites bronceadores en los bolsos, los lentes oscuros bien colocados ante nuestros ojos, los boletos en la mano, los impuestos de salida pagados, y hasta en la cola, en ordenada fila india, ante la puerta de la Salida Nacional ¡no lo podíamos creer!

Hasta Compinche, nuestro perro chow chow, estaba colocado en una enorme jaula de plástico e incorporado a los equipajes, y desde su pelambre negrísima dejaba encender sus ojos, montado en el carromato de las maletas, al distinguirnos, pienso que él mismo dudó hasta el último segundo de este viaje.

Mamá pasaba revista a todo, como si fuéramos parte de sus acostumbradas faenas de investigación profesional: Desde los juguetes de Compinche (su hueso plástico, la pelota de trapo, los cascabeles), hasta el aceite bronceador con aroma a canela, su computadora portátil de rigor, la gorras para evitar el sol directo, las vitaminas con minerales, el reproductor de CD, y pare usted de contar. Hasta impermeables nos hizo traer por si llovía, a lo que María Cristina le replicó que una iba a la playa precisamente para mojarse, ya fuera por agua que viniera de abajo... o de arriba. Mamá, como de costumbre, no le dio la menor importancia procurando cambiar la conversación al instante, ignorando el disparo innecesario de mi hermana, tan adolescente como yo, que al final: soy solo un año mayor que ella.

Algo de lo que mamá no se percató y probablemente mi hermana María Cristina tampoco, fue, que entre las páginas de mi diario, el cuaderno que guardo en mi morralito de lona anaranjado, va la fotografía de Julio César y la ramita de

bellalasonce, toda maltrecha ya, que él puso sobre mi pupitre el día del examen de trigonometría. Y ello sería perfectamente normal en las mejores familias, pero en ésta, formada casi en exclusividad por «elementos femeninos» es muy difícil mantener secretos. Y lo del *casi* lo señalo porque Compinche, es, ya lo habían adivinado, del otro género.

La subida al avión estuvo provista de la emoción que tratábamos de disimular, si hubiéramos dejado a mi hermana hacer su voluntad le hubiera contado a todos en la sala de espera que desde que podemos recordar, o como se dice en las películas —desde que tenemos uso de razón— mamá nunca había tomado unas vacaciones, o sea, que cuando hemos viajado ha sido porque ella daba una conferencia, o iba a revisar una biblioteca, o se iba a encontrar con colegas en un congreso, o... en fin, nos entendemos.

El avión tenía las características propias de un vehículo destinado a turistas frecuentes: las mesitas plegables estaban sueltas de un lado y a cada movimiento se caían sobre nuestras piernas, a las ventanas les habían hecho desaparecer la mayoría de las cubiertas, no había paños de cabecera, el tapizado de las butacas estaba demasiado gastado y hasta los espacios destinados a la ubicación de los ceniceros en los laterales ya habían sido reparados con cinta plástica. Una escala en el aeropuerto de Barcelona, fue la primera parada, y las señoritas aeromozas se ocuparon de vigilarnos durante la espera como policías dignas del mejor grupo de vigilancia especial. Ni al baño podíamos andar. Todo sea por Margarita y sus playas. Por suerte somos tres y ocupábamos una fila completa, lo digo porque aquel revoltijo de turistas con camisotas estampadas, sandalias sobresalientes, *walkman* incorporados a sus oídos como parte de su biología, maletines o más bien maletones gigantescos e imparable cháchara a grito limpio y sin anestesia, no iban a ser

precisamente buenas compañías de asiento. En los tres puestos de la fila inmediata a la nuestra iba una familia de obesos tan voluminosa que estuve un buen rato con María Cristina tratando de hacer un cálculo aproximado de la suma apoteósica en kilos o toneladas que podían estar ocupando.

En la fila de dos asientos del otro pasillo tenían la voz cantante unos niños vestidos como tortugas Ninja, cuya eficacia bélica fue el show improvisado que debimos soportar hasta llegar a nuestro destino. Una mujer de senos enormes, forrada en una franela turquesa coqueteaba abiertamente con un caballero de cabeza cana cuya mirada se ubicaba sin disimulo en las glándulas mamarias de la susodicha. Hicimos una apuesta (que no podríamos comprobar) de si aquellos senos eran prótesis, o naturales, mamá, después de reprendernos por andar de fisgonas, nos explicó que a través de la cirugía se colocan unas como bolsitas plásticas diminutas y las van llenando de líquido hasta alcanzar el tamaño deseado por la paciente. Las tres volteamos a mirar a la señora, quien pareció incómoda (no por mucho tiempo) y luego de una mirada lánguida, continuó su conversación con el caballero. Algo en ella me resultaba extraño, como fuera de lo normal, perturbador, acaso su manera de mirarnos.

El cielo estaba de un azul especial, volábamos sobre un colchón de nubes que se esfumaban en la medida en que el avión atravesaba la cortina de espuma delgada. Cuando mamá y María Cristina no me ponían atención yo hojeaba las páginas de mi cuaderno y distraídamente me detenía a contemplar la foto de Julio César. ¿Qué estaría haciendo? ¿Dónde estaría? ¿Me extrañaría?

En su morral María Cristina guardaba también un libro, regalo de papá, a raíz de contarle la posibilidad de este viaje de vacaciones.

Papá administra una estación de gasolina. En ella misma vive, se hizo construir un pequeño apartamento en la parte alta, con sus libros, sus papeles, sus tanques de buceo, y, por supuesto, las fotografías de nosotras en todos lados, y también las de mi madre... Resulta ser que papá es de esa generación de hombres, como puedes suponer, a quienes termina por no gustarles que sus esposas sean más importantes que ellos, quiero decir, en la «esfera pública», y mamá es pues, una figura particular, no todo el mundo es ictiólogo en este país, entre sus tubos de ensayo y sus batas de laboratorio, entre sus microscopios y sus pruebas de efecto, manipulando pececitos y pecezotes, con la mirada perdida detrás de un cardumen cualquiera. Él se separó no solo de ella (de mi mamá, digo) sino también de su título universitario, era médico obstetra. Es una historia larga de contar y más de entender, y no era de eso de lo que quería hablarles. El hecho es que cuando lo fuimos a ver, María Cristina y yo, esta semana, y le contamos de estas vacaciones, sacó de su biblioteca, de un estante cerca de la pecera de los neones, un volumen pequeño y viejo y lo entregó a Maricris. En la tapa se leía: *Cubagua* de Enrique Bernardo Núñez. Creo que mi profesora de literatura nombró alguna vez este libro, tengo una impresión borrosa, lejana, de su comentario. Es María Cristina la apasionada de la lectura en casa, yo entre Julio César y el Judo tengo bastante.

Ahora, en el avión, ella insiste en leerme un fragmento:

«En el centro de Margarita La Asunción erige sus paredones de fábricas abandonadas hace mucho tiempo y las tapias blancas de sus corrales ornamentales de plátanos»...

NÚÑEZ ENRIQUE BERNARDO (1930) *Cubagua*.

Capítulo II

En el aeropuerto nos entregaron unos mapas de la isla propaganda de una empresa de turismo, por lo que casi no se ven los nombres de las calles y avenidas tapados por rótulos que corresponden a las tiendas y comercios. Sentadas sobre las maletas y con Compinche ladrando a nuestro lado lo desplegamos sin mucha suerte (el de María Cristina se fue volando sin remedio). El tiempo para localizar un taxi también fue largo porque los chóferes no tenían ningunas ganas de ver sus asientos manchados con las patas de Compinche. Finalmente, un hombre amable, de pocas palabras, accedió a llevarnos al hotel BellaVista.

En la Avenida Santiago Mariño el chofer tomó en una vuelta la entrada al estacionamiento y estuvimos frente a la fachada del hotel. Una extraña sensación me desconcertó, tuve la certeza de haber estado en este lugar hace años, muchos años. Se lo comenté a mamá y ella sonrió con un aire de suficiencia, me dijo que era imposible, jamás habíamos venido a este lugar y ni siquiera existía la posibilidad de que lo hubiera hecho con otras personas (en su cabeza hay un archivo de toda nuestra infancia y actual «pubertad»...). Nos

bajábamos con el equipaje y Compinche, cuando se detuvo otro automóvil al lado de nuestro taxi y vimos descender a la mujer del avión, aquella de las «bolsitas llenas de líquido», que había llamado nuestra atención. María Cristina recordó el detalle y mamá le lanzó una mirada fulminante a la velocidad del láser, después le hizo ver que la señora podía haber escuchado su comentario. En fin. El primer contratiempo lo produjo Compinche, se nos fue corriendo y tumbó los equipajes de la recién llegada, acompañé a María Cristina persiguiéndolo y entre ladridos y caídas llegamos a la piscina. Ya para entonces la mitad de los empleados de la recepción iba tras nosotros. Todos muy vestidos con sus chalequitos verde claro y pantalones de raya planchadita, corrían y se salpicaban porque inesperadamente Compinche terminó su jornada de velocidad lanzándose veloz a la piscina.

Nadaba como si fuera todo un «perro de aguas», con una elegancia sin igual, no le conocíamos esas dotes y nos quedamos extasiadas mirándolo, entonces se le acercó a mamá una señorita muy simpática, también parte del personal de la recepción del hotel, y le explicó que los perros estaban prohibidos en el BellaVista. María Cristina y yo entramos en pánico, ¿qué podríamos hacer con Compinche? Pero, desde el pequeño bar lateral a la piscina vimos una cabeza asomada que nos hacía señas con una sonrisa de oreja a oreja, cual gato de *Alicia en el País de las Maravillas*. Nos miramos y como mamá estaba distraída en la conversación con la muchacha (después supimos que se llamaba Nila), y Compinche retozaba feliz en medio de la piscina, por suerte sin nadadores a la vista, nos acercamos al desconocido. Era un hombre con el mismo uniforme de los otros en este sector del hotel, una especie de guayabera color mostaza, nos hizo señas de que lo siguiéramos y paso a paso terminamos por llegar a una edificación

forrada en su fachada con piedra, detrás del parque infantil, la que parecía esconder un corral cercado. El hombre, como de unos 30 años (un muchacho, diría mamá) nos indicó un patio más o menos grande, con piso de tierra, rodeado de macetas con plantas, y nos dijo a continuación que allí podríamos mantener a Compinche y verlo cada día, sin que en la recepción se dieran cuenta. María Cristina de inmediato accedió pero yo la disuadí con señas, porque me interesaba saber que esperaba este señor a cambio, ella, que jamás piensa en tales cosas, se enfurruñó cruzándose de brazos y dejando en mis manos las «negociaciones». El hombre al escuchar mi actitud me insistió en seguirlo hacia el lado derecho del lugar y arrimó unas jaulas para que viéramos, en el centro mismo del patiecito lateral, a una bella perra chow chow amarilla con la pelambre como una leona. María Cristina estalló en una carcajada.

—¿Una novia para Compinche?, dijo.

—Sí, contestó Malavé, que así le decían. Ella está en celo y queremos cría, el perro de ustedes la acompaña y después, cuando tenga cachorros los repartimos.

Lo dijo así, de lo más natural, y como si hubiera estado esperándonos con la certeza de que llegaríamos con Compinche.

—Mafer, es una solución. Me dijo María Cristina.

Lo pensé un poquito y entendí que no había alternativa. En eso entró Compinche, empapado hasta los huesos, había venido a buscarnos y aquí nos encontró, pero... cuando estaba a punto de correr hacia nosotras, descubrió antes a su novia y pasó a ignorarnos como por arte de magia.

De vuelta a la recepción del hotel encontramos que mamá y Nila, estaban ya de acuerdo y mamá tenía entre las manos

la llave de la que sería nuestra habitación, con ventana a la playa. Mamá le contaba de cuando participó en la cura del manatí de Barquisimeto, allá en el Parque Bararida, y hablaban de aletas, y peso, y acoplamiento y todas esas cosas. Por fin subimos a nuestra habitación con los equipajes, y fue sólo entonces cuando pudimos contarle los acuerdos matrimoniales recientes de nuestro querido Compinche. Mamá sonreía y finalmente dijo:

—María Fernanda, habrá que adaptarse a las condiciones— luego, pensativa, mientras contemplaba el mar:

—Quién iba a pensar que Compinche vendría a Margarita a conseguir novia.

Lo que ella no sabía es que no era sólo Compinche quien viviría el amor en Porlamar... En la puerta del baño, María Cristina me sonó la palma de la mano en un: ¡chócala! De complicidad.

Capítulo III

Miro la luna llena

Y compruebo que la ausencia

Tiene la forma

De una brillante y triste rueda de bicicleta.

JAIRO ANÍBAL NIÑO

En media hora estábamos cual turistas de pantalones cortos, sandalias y franelas, con la piel cubierta de aceite bronceador, como tres Amazonas, entrando al restaurante francés del segundo piso.

Los vacacioncitas hablan en varias lenguas, algunas de las cuales ni siquiera podemos identificar. El restaurante tiene una tarima de madera del techo al piso, y las lámparas colgantes como tulipanes rojos combinan con el verde de las mesas de billar, ah, si, no lo dije, esta es una combinación de sala de billar y restaurante, con una barra central colosal frente a enormes ventanales de cristal, con vista al mar.

Mamá dice que es un diseño de los años cincuenta aquel salón comedor, tanto las sillas con respaldar redondeado como el pequeño escenario de madera pulida.

El mesonero se acerca con la carta, este menú también mantiene su estilo de época, hasta las fotografías que presentan los platos se parecen a los recetarios de mi abuela. Un estruendo como si cayeran al piso muchos objetos de vidrio o metal, interrumpe nuestra lectura del menú, el ruido proviene de la cocina, las tres nos alteramos pero nos sorprende la

calma del mesonero, y de pronto me doy cuenta de que sólo los huéspedes parecemos alarmados.

—¿Qué fue eso? Pregunta mamá.

El mesonero, sin inmutarse le responde: El fantasma. Estallamos en una carcajada.

Ja, já, já, já, já....

—¿El fantasma? Alcanza a decir María Cristina.

—Sí, ¿es primera vez que nos visitan?

—Ujú.

—¿No han escuchado hablar del fantasma del hotel? Pregunta el mesonero casi en susurro y mirando de reojo al barman en la barra.

—Nooo. Le contestamos, pero en eso se acerca un señor grueso, moreno, de camisa blanca y corbatín negro, con mirada de supervisor y el mesonero recupera la compostura de indiferencia inicial.

—¿Ya escogieron su almuerzo nuestras visitantes?

—No, no, están en la selección.

Mamá vuelve la mirada al menú como si regresara la película.

—Hummmm, yo quiero...pollo a la castaña, ¿y ustedes, niñas?

Miro a María Cristina e imito a mamá:

—A mi me da un filete de mero al ajillo.

—¿Y tú, María Cristina?

—Un fantasma a la plancha con ensalada María Guevara.

—¿Queeeeeé?

—Nada, nada, que me de unos espaguetis a la carbonara.

Cuando el supervisor por fin se aleja, nuestro mesonero recupera su tono misterioso.

—¿Quieren algo más las señoras? Y susurra: —...hay lugares en la torre...

—¿Cuál torre?, le pregunta Maricris.

—La torre izquierda del hotel, señala el mesonero — está en reparaciones hace mucho tiempo, cuando pintan la pintura aparece agrietada, los ascensores se quedan trancados sin explicación, o se mueven sin que nadie pulse los botones.

—Qué extraño —dice mamá— de Margarita los únicos fantasmas sobre los que había escuchado son: la Dama de Blanco y la Tortuga Carey.

—¡Cedeño! Si terminó el pedido atiende la mesa siete, ¡por favor!

Cedeño, obediente, se mueve hasta la siete. Pero Mafer no aguanta la curiosidad ni su hermana tampoco.

—Mamá, ¿cómo es eso? ¿La Tortuga Carey?

—Sí, hay una leyenda entre los pescadores, dicen que aparece la tortuga pero en dimensiones gigantescas y su cabeza es humana... pero no se asusten, es una leyenda, una historia de ficción, inventada por generaciones.

—¿Y la Dama Blanca?

—En realidad es: la Dama de la Isla Blanca, de la Blanquilla, los pescadores de aquí dicen que es una muchacha con penas de amor, cuentan una historia de un enamoramiento, un amor imposible, ella se ahogó y pena buscando el amor, vestida de blanco.

—¡Ay, mamá, eso lo acabas de inventar!

—Te juro que no, además aparece en el *Diccionario de fantasmas*, de Mercedes Franco, lo puedes buscar en la biblioteca cuando regresemos a casa.

Las muchachas se miran sin mucho convencimiento.

El restaurante cuenta con unas treinta mesas de las cuales un promedio de la tercera parte está ocupada, muchos rubios, o parejas con el cabello blanco en su totalidad, y vestidos de modo deportivo piden al mesonero, como torre de Babel, intento entenderles en un inglés que no es tal.

En una mesa en solitario vemos un señor, de cabello negro intenso y facciones angulosas, revisando la carta con minuciosidad y dirigiéndonos miradas disimuladas ¿a nosotras?

María Cristina ya lo ha descubierto y me hace señas mirando a mamá.

—Mamá, ¿te fijaste en el señor de aquella mesa a la derecha?

—¿Cuál? Dice mamá, mirando a la derecha mientras retira sus anteojos de leer.

—El que está solo... Te está mirando cada vez que puede.

—Por favor, niñas, ya está bueno, dejen la campaña.

—Pero may, solo dije que sé está fijando en ti.

—Nada de eso, debe ser un turista pasando sus vacaciones, y está dándole una mirada al restaurante, nosotras formamos parte del paisaje.

—Bueno, le digo yo —al menos dinos si te parece atractivo.

Mamá regresa sus ojos hacía aquel, las miradas se encuentran y él regresa a su menú.

—María Fernanda, no me incomodes, ya el señor siente que le tenemos una «inspección ocular» continua, por qué no se ocupan más bien de miren el mar desde estos ventanales, ¿no es una belleza?

—¿Podemos ir hasta allá, mamá?

María Cecilia se levanta con sus hijas con el entusiasmo que ellas le comunican y se acerca a las ventanas que dejan ver la piscina con la playa al fondo, hay un cielo espléndido, el azul en varios tonos suaves está poblado de nubes espesas en distintos volúmenes. El caballero a quien observaban al unísono ha venido también, en un momento están ahora los cuatro mirando el encuentro entre mar y cielo, guardan silencio, es un silencio incómodo dada la presencia del extraño. Se acerca el mesonero y les indica:

—Señora, la comida está en la mesa.

—Gracias, vamos mis Marías... Dice María Cecilia. Las tres se dirigen a la mesa y se sientan en algarabía, los platos se ven exquisitos. Después de celebrar los respectivos pedidos, e iniciar el almuerzo, de nuevo las muchachas van a «la carga».

—Mamá ¿te fijaste cómo te miró?

—No me miró, estaba viendo el horizonte marino, ¿van a seguir? ¡Las focas están soplando el hielo!

María Cecilia solía decir esto cada vez que sus hijas deseaban algo y utilizaban la estrategia de la «insistencia compulsiva», ella misma les había relatado que, cuando desarrollaba su postgrado en mamíferos acuáticos, uno de sus profesores le contaba que las focas tienen una gruesa capa grasosa exterior que las protege de las heladas, muchas veces permanecen debajo del agua congelada y cuando desean salir al exterior, pegan sus narices a las grietas del hielo y respiran afanosamente, se forman globitos y finalmente se revienta la capa hasta formarse un claro, así consiguen su objetivo con el calor de su respiración.

María Fernanda y María Cristina ríen y María Cecilia cambia el tema.

—¿Ya llamaron a su papá?

—Sí, responde Mafer. Le conté del hotel y de la aventura de Compinche, está bien.

Mientras transcurre nuestro almuerzo vemos al caballero con aspecto de conquistador español (y a quien María Cristina y yo conocemos, secreto sumarial) conversar con el mesonero y parece referirse a nosotras.

Mamá hace la señal para pedir la cuenta y dice: —Creo que ahora nos sale una buena piscinada.

Bajamos entre risas, por el ascensor hacia la habitación, rumbo a recoger lo necesario para bañarnos en la piscina.

—Maricris no olvides el bloqueador solar, no quiero verte como un pescado frito esta noche, y tu, Mafer, recógete la cabellera, mejor sería hasta que te pusieras un gorro... ¿Mafer?... ¡Ey! ¿Estás aquí?

Estoy mirando el mar desde los ventanales de la habitación. Mamá me pasa su mano frente a mis ojos como para comprobar si veo y me saca así de mis pensamientos. Me imaginaba a Julio César, recordaba a Julio César, todas las cosas me hacen pensar en él: el mar, el sonido de las olas a lo lejos, la luz de las lámparas, la brisa, todo lo que me rodea me lleva a él, cada cosa que pienso la pienso como si la escribiera para contársela, mi pecho está sosegado pero triste, como me gustaría tenerlo aquí, aunque fuera invisible.

—¡Volviste! Estás aquí... seguro que tu cabeza vuela con Julio César. ¿No has dicho nada del fantasma? ¿Qué te pareció el cuento?

Me sonríó sin contestar.

Mientras hablábamos bajamos las escaleras hacía el lugar de entrega de las toallas, vía la piscina.

Corrimos a las sillas de extensión, plásticas y blancas, a colocar las cosas y lanzarnos al agua.

En el rectángulo de la piscina un dibujo geométrico sirve de fondo al líquido transparente y la luz solar se quiebra en diamantes sobre su superficie. Mamá se ríe feliz, da gusto verla así, se ve más joven, se ve como debe ser. Aunque lo niegue o aparente ignorarlo mamá debe soñar en las noches con que su cama no esté sola.

Capítulo IV

Desayunamos tempranísimo, en la soledad de la hora nos dirigimos al mostrador de recepción para alquilar un carro y nos fuimos a la Playa. En la vía cantábamos a gritos canciones de moda, mamá se privaba de la risa con algunas letras. Por ejemplo, la del grupo La Mosca que tanto apasiona a María Cristina: «Te quiero comer la boca/ te quiero *comer la boca/ te quiero comer la boca/ ¡sin dejarte respirar!*», Mamá y yo decíamos lo primero y Maricris terminaba gritando: */¡sin dejarte respirar!*!, pero a grito limpio, y después no podíamos aguantar las carcajadas.

Antes de llegar al lugar mamá detuvo el carro varias veces para que viéramos en calma el paisaje, un cielo lleno de matices y las aves volando en pos de especies marinas, el sonido de las olas dando ritmo a nuestros pensamientos. Y yo con la cabeza puesta en los ojos de Julio César, el cabello de Julio César, el torso de Julio César, el poema repetido en el oído para mí:

Si tú me miras

Soy como la mariposa

Roja.

*Si me hablas
Soy el perro que escucha.
Si me amas,
Soy la flor que se entibia
Entre tu pelo.
Pero si me rechazas
Soy como una canoa vacía
Que se va río abajo
A romperse en la roca.¹*

Flotaba en mis oídos el timbre de su voz. Su modo de hacer largas las palabras, y su risa, sobretodo su risa, fresca, espontánea, sonora, su cabello negrísimo aindiado, rebelde, al aire. Recuerdo que cuando Julio César me abraza me siento cobijada como para no salir nunca de esa ternura que su cuerpo me da.

Y aquí mamá y Maricris se han bajado del automóvil y recostadas de él miran las olas levantarse, encrespase, estallar y dispersarse en un montón de espuma. Mamá señala con su brazo algo en el cielo, acaso las aves que vuelan por estos lugares en su lucha con y contra el viento, y...yo pienso en ti, Julio César, sólo en ti.

Mamá escogió un lugar frente al mar en donde unos pescadores recogían sus redes. La arena blanca era una alfombra tenue a la orilla de la playa. En minutos estamos listas y caminando por la playa, las voces de los pescadores se confunden con el viento. Traen la red, extienden sobre la playa el resultado de la pesca. Nos acercamos, saludamos, sólo queremos mirar la

¹ Poema piaroa.

faena. Mamá hace algunas preguntas como para buscar conversa, pero también sabemos que quiere información, uno de sus trabajos de investigación se llamó: «El alcance de la pesca de arrastre sobre la involución del camarón tropical», y lo sé de memoria porque, no sólo porque ha sido su único tema de conversación por mucho tiempo, sino porque la ayude a trasladar sus apuntes a la computadora.

Ella se ha dedicado a estudiar el problema buscando técnicas que no perjudiquen el ambiente natural. Estas investigaciones han sido el centro de su vida, y a lo mejor el motivo de los celos de papá, y la separación de ambos. Maricris y yo sabemos que es imposible que venga a divertirse y no ande averiguando, buscando pistas y caminos acerca de los peces, la vida en las aguas.

Mientras conversa con los pescadores mamá se sienta en la arena, y tiene entre las manos un pescado, nos dice que las escamas ayudan a saber la edad de los peces. Ellos hablan y Maricris y yo decidimos dar una carrera hacia las olas, dentro del mar vivimos la tibieza, el goce, de esta humedad que nos cubre y nos empuja suavemente, sin soltarnos, en un vaivén cadencioso.

Mamá se ha quedado largo rato en su conversación, desde lejos veíamos que hablaba con un señor y con otro, los pescadores de pronto hasta se reían, y ella también, recogieron sus asuntos y ella volvió hacia nosotras, extendió una toalla sobre la arena y se colocó el bronceador, traía sus papeles, una libreta que no abandona nunca (se acaba y la cambia por otra, pero no puede estar sin una de ellas) y la prensa. Con su sombrero de paja se puso boca abajo y ahí se quedó.

Maricris corría entre las olas, nadando como un pez, cuando era niña papá la enseñó a nadar y participó en muchas competencias, sabía, sabe, varios estilos, en mariposa

es espléndida. Ella se parece mucho a papá, le encantan los libros y las palabras, es un cuerpo vivo que fluye, tiene una alegría innata, es bella mi hermana Maricris, morena, su pelo es rizado y brilla como el sol, contrasta con mi palidez y mi cabello rubio, al modo de mamá.

Capítulo V

Había pocos bañistas en el mediodía, se fue acercando gente poco a poco, pero esta playa tiene la ventaja de no ser de las más populares aún. Algunas palmeras altas y la arena blanca son los únicos elementos de este paisaje marino, tan de postal, tan de «lugar común», como diría papá.

Salgo un rato de las aguas y busco en mi bolso «Cubagua»:

«El mar siempre da pan –añade Cedeño indiferente, señalando las costas.

Hombres casi desnudos repetían gestos ancestrales. Las velas se hinchan lozanas. Con una serenidad augusta lanzaban las redes»...

NÚÑEZ ENRIQUE BERNARDO (1930)

Cubagua, Capítulo I.

Mamá y María Fernanda tienen la cabeza en otros mundos. Mafer no la baja del lugar en donde esté su amado Julio César y mamá está en sus peces, en la pesca de arrastre, en el camarón tropical, en el tiburoncito atigrado, en...

Yo siento ganas de correr y atravesar el Mar Caribe a nado, debe haber tanto que no conozco, solo sospeché por lo que he podido ver, la inmensidad de plantas y animales que viven bajo las aguas, y la gente, los paisajes, los cielos que pueden ser distintos en cada lugar de la tierra.

Me gustaría viajar tanto como lo hago en mis sueños.

Allá volando viene un buchón, su vuelo casi se detiene a distancia sobre la superficie de las olas, está apuntando a una presa, baja a la velocidad del rayo y vuelve a aparecer con el pescado en el pico. Admiro la vista que tienen, con ella pueden determinar a grandes distancias lo que ocurre, lo que existe.

La Dama de la Noche, la mujer vestida de blanco, debe haber algo en ese fantasma que mamá no quiso decir, o que olvidó.

Camino entre estos arbustos para estirar las piernas fuera del agua, la alegría que mi cuerpo tiene no pide descanso, puedo correr, saltar, disfrutar el suelo de arena bajo mis plantas, ¡que no terminen estas vacaciones!

Las niñas están felices de estar aquí, no puedo creer que sean las primeras vacaciones que me atrevo a tomar y que no tienen nada que ver con mi trabajo. He hecho tantos viajes, estado en tantos lugares, pero siempre en relación con una investigación, con la búsqueda de un dato, con la necesidad de encuentro con colegas en las mismas búsquedas: Primero la escuela de oceanografía, biología marina, ictiología, un viaje tras otro, siguiendo las huellas de papá, mi padre, biólogo marino, murió en Los Jardines de la Reina, unos arrecifes de la isla de Cuba. Estuvo allí sus últimos años, realizaba una investigación sobre el mero, hubo un accidente con un gran tiburón toro hembra, preñada, a la búsqueda de presa... Mien-

tras papá viajaba mamá y yo permanecíamos en Caracas, para no interrumpir mis estudios, el venía a vernos cada vez que podía. El mar fue mi nuevo padre, con él aprendí, dentro de él estudiaba y luego el trabajo. Me seduce su misterio, su movilidad continua, como mi vida. Por el mar he tenido viajes muy largos para realizar las misiones: Campaña de investigación sobre el impacto de las redes de arrastre en los sedimentos y comunidades marinas, en Chile; Campaña de prospección del estado de explotación del «stock» de bacalao de Groenlandia; Las poblaciones de langosta roja, *Palinurus elephas*, especie emblemática del litoral rocoso costero en el Mediterráneo, España; El dátil de mar ¿recurso pesquero o especie a proteger?; Efecto de la pesca de arrastre del camarón tropical de mar mediante la adopción de técnicas y prácticas que no perjudiquen el medio ambiente...y cuanto más, soy un pez, una con dos hijas.

Allá está María Fernanda, el largo de sus piernas y sus brazos, la dimensión de sus dedos, la altivez con que mira y piensa, la convierten en la viva imagen de su abuelo, mis hijas no lo conocieron. A él le hubieran encantado.

María Cristina, la segunda, es una soñadora más dúctil, su relación con el mundo se produce a través de su propia sensualidad, es más rápida que Mafer, y su sentido del humor es totalmente diferente. Sueña como su padre, siempre lo ha hecho, construye castillos en el aire, le cuestan los obstáculos, pero, paradójicamente, es precisamente su capacidad de soñar lo que garantiza su vitalidad.

He estado ocupada, lo sigo estando, pero ellas son una presencia ineludible para mí, los peces copulan en el agua, dejando en flotación moticas blancas en su entorno, son sus huevos en el mar abierto, y están así a la deriva, ante las olas, el viento y los otros peces, la vida de las aguas decide el des-

tino de las criaturas, los progenitores cumplen sencillamente con darles vida; con los seres humanos es diferente, debemos seguir al lado de nuestros hijos, que nacen indefensos, sin herramientas para encarar lo que estará por venir, tenerlos y amarlos es parte de nuestra esencia, pero, de igual modo, ser madre o padre es un oficio para el que no hay recetas, ¿o acaso sí? ¿Cómo saberlo? Mafer y Maricris son totalmente distintas, al correr del tiempo probablemente lo serán más. Sólo puedo desear que la felicidad las cobije a cada una en su propia vía. Y mientras tanto yo, estoy aquí para cuidarlas. Algunas veces pienso que me pongo una venda para definir mi vida solo para los peces y para ellas, ¿y el amor? ¿A dónde se fue el amor? ¿No lo volveré a vivir ya más? ¿Se acabó para siempre?

Capítulo VI

—¿Papá?, ¿me escuchas bien? ¿me escuchas?

—Dame ese teléfono.

No, no, es que parece que no hay señal en el celular, va y viene. ¡¡Papá!!

—Sí, sí, todo, bien, la playa está muy linda, y estamos disfrutando.

—¿Los qué? Los guaiqueríos, ¿pacíficos? ¿Se entregaron? ¿En guerra con los caribes? ¿Y ellos no eran también caribes? ¡¡Ah!! Ay, no, papá, tareas no, que estoy de vacaciones de carnaval, además ¿para qué voy a investigar algo que ya tu sabes?... tú me lo cuentas y listo, já, já, já... Está aquí a mi lado, bueno, un beso, te la paso.

Mafer toma ahora el celular, con el viento levantando su cabellera, y la señal que viene y va.

—Sí, hola, papá... ¿cómo estás? ¿Y tu novia? Já, já, já... entonces no duró mucho el romance. ¿La novela? La he leído bastante, no, no la he terminado, me enreda un poco eso de que los personajes se desdoblan y son otros en otro tiempo... ¿Nila Cálice? Sí, fijate que en el hotel trabaja una muchacha

que se llama Nila, y es alta y casi me imagino a la Nila de la novela como es ella. No, no hemos comido eso, mi mamá dice que son muy caras... ah, no, no le voy a decir eso.

—¡¡¡Niñas, vamos, se hace tarde, vénganse!!!

—Mamá nos llama, hay mucho viento aquí, papá, un besote, mañana te telefonaremos de nuevo o... mejor te escribimos por internet, chaooo.

Corren a subir al automóvil, entran alborotadas hablando de la llamada del padre.

—Má, papá te manda saludos, y que disfrutes estas vacaciones. Dice Mafer.

—¿Se los retribuyeron y le dieron las gracias?

—¡¡Claro!! Dicen las muchachas a dúo.

—Ah, y nos habló de los guaiquerías, que eran los pobladores aquí, y de los caribes.

—Dice que nos puedes llevar a casa de un señor amigo de él en Pampatar, de apellido Mendoza para que nos cuente de eso.

—Bueno, puedo llevarlas un rato en la tarde ¿les parece?

—Sí, sí.

María Cecilia frente al volante pide una canción para tomar el camino, después de discutirlo, Maricris comienza a entonar: —«*Ayer salió la lancha Nueva Esparta/ salió temprano a recorrer los mares/ y encontró un...*»

Mi mamá nos ha traído a Pampatar a conocer un señor historiador de apellido Mendoza, nosotras queríamos preguntarle sobre ese asunto de los guaiquerías, que eran los indios en la isla cuando llegó Colón, de lo que papá nos habló.

El señor vive en una casa cerca de la playa, y su biblioteca es casi toda la casa (¿dónde dormirá?), hay libros, periódicos, folletos, papeles, por todas partes, y se ve que no hay mucha gente que lo ayude con la limpieza...

Se portó muy amable, sobre todo cuando mamá le habló de ictiología y esas cosas que ella sabe.

Cuando Mafer le preguntó sobre la salida de los indios de aquí, que se los llevaron los frailes capuchinos, él, sin contestar, fue a su biblioteca, trajo un libro (de lo más ajado y empolvado) se sentó y nos leyó, costaba un poco concentrarse por el ruido que hacían unas guacamayas en su jaula que están en un patiecito al lado de la sala biblioteca.

El cuento, lo que leyó que parece, dice mamá, es una crónica, es del padre Gumilla y relataba lo siguiente:

«Llegué repentinamente a un pueblo (el de los Guayqueríes), mal formado de chozas pajizas (...) y salió aquel cacique con toda su gente, asustados unos y otros de la novedad, ellos al ver misioneros en su tierra y nosotros de ver una sombra de república compuesta de cincuenta hombres, que es el número de súbditos que tiene tal cacique. Entramos en su triste casa...No tenían más ajuar que las pobres redes en que duermen en alto para librarse de las culebras y murciélagos. (...) Preguntamos: Cacique ¿cómo tienes tan poca gente? ¿No hay de tu nación y de tu lengua otros pueblos fuera de éste? Respondióme en lengua caribe con este laconismo que pudiera servir de epitafio a la nación Guayquerí: “Cuaca Patri, ana, rote, Cariná acusimimbo”, que al pie de la letra fue decir: “No somos más, Padre, y los que vivimos somos los que han querido los Caribes»» (Gumilla, p. 314)

Capítulo VII

Llega la noche y estamos listas para el desfile de carnaval, con bermudas, franelas, sandalias, y un color donde se nota comienza a hacer efecto el aceite bronceador de canela que estamos usando.

Hay mucha agitación en la calle y hemos decidido caminar la calle Santiago Mariño hasta la avenida 4 de mayo, que será el camino de las carrozas.

Nos llama la atención el gentío que se ha colocado en las islas de las calles de pie o sentados al borde de las aceras, ancianos, mujeres y niños esperan el paso de las carrozas desde el comienzo de la tarde. Hombres y mujeres cargan pipotes plásticos sobre ruedas, llevando en ellos agua mineral y refrescos para la venta, gritan su pregón a los cuatro vientos. Los niños disfrazados de zorros, caperucitas rojas, conejos, tigres y otros personajes son el orgullo de sus padres, aún con el calor y la incomodidad que los atuendos les producen.

Se viene escuchando las marimbas, la música de muy diversa índole acompaña el desfile. Las carrozas son heterogéneas en la definición de su ornamento, a veces se trata de camiones recubiertos de aluminio brillante con músicos llevando sus

instrumentos, pero otras la inventiva y el lujo de recursos se hace tan exuberante que los espectadores celebran a gritos la sorpresa. Desde un gigantesco dinosaurio que mueve el cuello, a un elefante cubierto de espejitos con bellas niñas saludando. Mujeres con tocados de pluma sobre la cabeza saludan extenuadas ya del largo camino. Algunos vienen a pie y dramatizan breves escenas, aquí está la Burriquita, el Carite, las estampas que hemos visto en los libros de la escuela.

Mamá propone hacer un alto, y nosotras también, cansadas de caminar, encaramarnos, aplaudir y tomar fotografías, algunos restaurantes con mesas sobre las aceras esta noche tendrán ganancias abundantes. Escogemos uno de toldos verdes y mesas del mismo color, y vamos hacia una mesa cercana a la calle y su agitación.

Nos sentamos para pedir pizzas marineras. La cantidad de gente en el lugar dificultaba el paso de los muchachos que sirven las mesas.

De repente distinguimos a la mujer del avión cerca de nosotros, de nuevo su mirada nos desconcertó. Por fin el mesonero está aquí, es un muchacho con franela negra como todos los que sirven en este lugar, nos trae la carta, queremos pizzas con señales del mar. Una carroza con mucha vistosidad pasa, la gente grita. Mamá pide una cerveza negra y nosotras jugos de piña con paraguítas de adorno. Todo es una fiesta.

De pronto, en una mesita cercana distinguimos al señor del hotel, al solitario del restaurante. María Cristina picándome el ojo le dice a mamá:

—Mami, ahí está el señor del hotel, está solito, ¿por qué no lo invitamos a qué se siente con nosotras?

—Pero, ¡¿qué es eso, Maricris?! Nosotras no conocemos a ese señor.

—Pero está solito.

—Pues, mi amor, hay montones de señores «solitos», no por eso los vamos a invitar a que vengan con nosotras, más en esta isla llena de turistas de todas partes. Tú no sabes quien es ese señor.

Maricris me mira contrariada, pidiendo mi intervención. Yo voy al ataque.

—Mamá, pero... parece un señor serio, y de verdad, se ve tan solitario.

—Mafer, tu conoces a los cangrejos ermitaños ¿verdad? Son animalitos de cuerpo blando y vulnerable que se roban el caparazón de un molusco y se le meten debajo arrastrándola, así se protegen, sobre ese caparazón hay anémonas que él ha buscado, para que ellas, con sus tentáculos urticantes lo protejan de sus depredadores. A cambio las anémonas se alimentan de los restos de comida que deja el cangrejo. Lo ves y parece tan seguro y a la vez lo sabes tan indefenso, pero él escogió cubrirse con ese caparazón y además buscó a las anémonas, negociando hasta su alimento. El cangrejo ermitaño teme que le quiten algo, cree que no debe arriesgarse, y su miedo no le permite tampoco saber si algo bueno ganará con el acercamiento de los otros.

María Cristina y ello hemos recibido un *strike*, llevamos *dos bolas y un strike*, tenemos que afinar el equipo. Mamá no es fácil.

—Mamá, okey, sin ponerte brava, mira todo lo que ya piensas. Estás comparando a ese señor con un cangrejo ermitaño, piensas con desconfianza de él y ni siquiera lo conoces. Lo único que te hemos propuesto es invitarlo a nuestra mesa.

—¡Nada menos! Las focas están soplando el hielo...

—¡¡ ¿Tiene algo de malo conocer gente nueva?!! —Inter-
viene Maricris.

—Pero, hay modos de conocer gente, no así.

De repente, casi tenemos un desmayo colectivo. De pie
ante nosotros, está el fulano, nada más y nada menos, y le
dice a mamá:

—Disculpe, señora, no quiero ser inoportuno ni molestar-
la en ningún sentido, pero me parece haberlas visto hoy en el
hotel, y... quisiera invitarlas a beber un refresco, si usted no
lo considera fuera de lugar.

Maricris busca mi mano por debajo de la mesa y sonamos
palmas. ¡¡Chás!! Me susurra al oído: —Anotamos carrera.

La cara de mamá es de película, ojalá no esté pensando
que lo planeamos.

—No, no, de ningún modo, pero, es que ya nos íbamos.
Dice mamá.

Ahora somos nosotras las perplejas, y entonces decidi-
mos, sin pensar, correr el riesgo de recibir luego la furia de
mamá.

—¡¡¿Nos vamos?!!

—¿¿Sin comer??

Mamá nos mira y si sus ojos fueran rifles de doble repe-
tición yaceríamos en el piso con varios orificios en el cuerpo
de cada una.

Para colmo en eso llega el mesonero que casi no puede con
las pizzas y las va colocando sobre la mesa. Mamá ya se había
puesto de pie y el señor Leiziaga (que nosotras sabemos se
llama así, y más adelante les contaré por qué) no sabemos qué
hacer, parece haber dado dos pasos atrás en su propósito.

—Comprendo, señora, no se preocupe, discúlpeme. Mamá, sonrío ahora disimulando su desconcierto, entre apenada y decidida, no lo sé. Baja la cabeza y dice, casi en un susurro:

—Íbamos a comer.

Leiziaga, le rosa apenas el hombro diciéndole: —Comprendo, quieren estar solas, no se preocupe, sé cuando soy inoportuno.

Mamá, apenada, le extiende la mano, presentándose:

—Me llamo María Cecilia González, y ellas son mis hijas.

Nosotras de inmediato respondemos:

—Yo soy Maricrís

—Y yo Mafer.

—Son diminutivos de sus nombres. Dice mamá. Él responde con amabilidad.

—Ramón Leiziaga, a su servicio. Bueno, nos veremos. Que tengan buen provecho.

—Gracias. Dice mamá.

Y Leiziaga regresa a su mesa.

Mamá vuelve a sentarse frente a la pizza, está nerviosa, no comerá.

—En que líos me ponen ustedes.

—¿Nosotras? Dice Maricris.

—Mamá, pero... ahora no lo volverás a comparar con el cangrejo ermitaño ¿verdad?

—No... Claro que no. Dice mamá, más para ella que para nosotras.

Me le acerco modosa y le digo: —Niégame que esa camisa de cuadritos le queda divina.

Mamá se ríe con timidez y me contesta: —Le queda muy bien.

Al fondo el desfile, con las cornetas y la algarabía de la gente continua, hay música y rumberas, niños encaramados sobre los hombros de padres y madres, y hasta algunos dormidos ya. En el suelo hacen peso los restos de la fiesta, vasos de cartón y latas tiradas por doquier, serpentinas y papelillos.

Maricris pregunta por el baño y le señalan una escalera, sube caminando entre los turistas y finalmente da con esa puerta, dentro se encuentra con la mujer del avión eso no es todo, si bien aquella mujer la desconcierta y le desagrada ahora la ve, sin proponérselo, entregando algo, pequeñas bolsitas plásticas a cambio de las cuales dos muchachas que le acompañan le entregan billetes, dinero. Maricris simula ignorar la situación y entra a la zona de los retretes cerrando su puerta, al salir encuentra sola a la mujer, maquillándose frente al espejo, al ver a Maricris le dirige la misma extraña mirada de siempre y de una vez le pregunta:

—¿Te interesas por los fantasmas? Maricris se desconcierta:

—¿Cómo lo sabe?

—Me contó Malavé, el del hotel, el que cuida tu perro, me dijo que le habías hecho algunas preguntas.

La mujer no abandona el proceso del maquillaje ante el espejo mientras habla, con meticulosidad expectante se traza la línea sobre el párpado.

Maricris pensó en Malavé, ella lo visitaba cada vez que podía para acercarse a Compinche y a su novia nueva, Laica. Conversaba un poco con el hombre y le había comentado su curiosidad por el tema de los fantasmas. Pero él no tenía derecho de estarlo contando a terceras.

Ante el silencio de la mujer le dijo: —Es verdad, es simple curiosidad... con permiso.

Después de decir esto salió rumbo a la escalera. Un palpito de temor sentía Maricris frente a aquella extraña.

En la zona de restaurante mamá y Mafer ya estaban de pie, la esperaban para ir a caminar hacia un centro comercial llamado Ciudad Jumbo, allí verían un acuario público acerca del cual Nila, la del hotel, le había contado a mamá.

Mientras caminaban se les atravesaban otros paseantes, en las aceras mujeres con a sillas y carteles con fotografías colocadas a manera de exposición proponían hacerles trencitas en el pelo, las dos muchachas se detenían a mirar las fotos, y discutían sobre cuál de los modelos de trenzado les gustaba más.

Finalmente llegaron al lugar indicado, un enorme centro comercial de varios niveles, podían ver una enorme terraza desde donde un gigantesco grupo contemplaba el desfile de carnaval. Entraron.

Enormes vitrinas de tiendas de ropa, decoradas con maniqués en todas las posiciones, mostraban elegantes atuendos. Aquí y allá jardineras con plantas dejaban ver la profusa vegetación tropical tan variada en helechos y palmas. Los ascensores transparentes subían y bajaban repletos de gente de todas las edades.

—Nila me dijo que buscara hacia abajo, el último nivel.

—Allá hay una escalera eléctrica, vamos.

Llegaron al lugar, en las paredes de las tiendas inmediatas grandes láminas de vinil presentaban información sobre tortugas y tiburones.

Estanques rodeados de plantas y con acceso directo al espectador (mucha gente se sentaba directamente en el pretil) nadaban con libertad absoluta ejemplares de gran tamaño,

mamá nos señala los maraos fósforos, los corrotuchos espinosos y hasta unos pequeños tiburones que parecen estar descansando uno sobre otro.

Un portal sirve de entrada a la zona central de este acuario abierto, dice: Mundo Marino. Hay un vigilante que se ocupa de que no molesten a los peces ni coloquen objetos o comida dentro de las peceras.

Mamá está feliz en su elemento. Todo el mundo tiene que ver con los comentarios que hace sobre las especies porque como le preguntábamos y nos daba explicaciones, la gente, los visitantes, empezaron a rodearnos y ha terminado por ser la guía del acuario sin quererlo.

A Maricris le divierte ver al corrotucho espinoso, hay uno muy grande en un acuario imponente, vertical, a la entrada. A ella le gustan sus ojos de borde anaranjado, y el modo como se infla y todas las espinitas quedan como un adorno. Hemos visto que algunos buhoneros en la calle los tienen a la venta como disecados, al lado de estrellas de mar y caracolas.

Jugamos un rato haciendo bromas a mamá con los tiburoncitos atigrados, puesto que nos ha dado una larga explicación sobre la especie y terminamos diciéndole que se trata de tiburones con sarampión y punto. Cuando ya vamos saliendo del lugar Maricris descubre un sitio de internet. Las dos damos un brinco de alegría. Ahora podremos continuar nuestra aventura secreta... y escribirle a Julio César, y a papá y a la abuela y...

Regresamos felices camino al hotel.

Capítulo VIII

«Querido Julio César:

Anoche descubrimos este lugar para internet, queda en un centro comercial en donde también hay un acuario enorme. Me dio una gran alegría saber que tenía la posibilidad de escribirte.

¿Qué haces? ¿Piensas en mí? Porque tú no te me borras de la película que corre en mi memoria sin descanso. Te veo en todas partes: en el campo de béisbol, en el comedor del colegio frente a la cantina, en el cerro, en el laboratorio de biología, en la Heladería 4D, en el balcón de mi casa, y hasta aquí sobre la arena blanca de estas playas inmensas como desiertos porque tú no estás conmigo.

Solo dos días han transcurrido y somos camarones rosadas tiradas en las playas, comiendo pescado, fotografiando paisajes, bajo palmeras y tunas, como dice una canción.

Maricris anda loca investigando historias de fantasmas, y lo más cómico es que todo el mundo tiene alguna, tan embebida está en el asunto que ayer me juró le habían hablado unas flores acuáticas y le habían contado la verdadera

historia de la Dama de Blanco, o de la isla La Blanquilla, ya no sabe ni lo que dice (pero anda feliz).

Mamá, por su parte, también descubrió lo suyo: parece ser que los pescadores de Margarita, los artesanales, tienen un lío montado hasta por prensa, contra una empresa industrial que está infringiendo los artículos de la nueva ley de pesca, utilizando pesca de arrastre en territorios prohibidos o en fechas prohibidas, eso atenta con la supervivencia del camarón tropical y otras especies de esas que tu sabes que mi mamá defiende a capa y espada. Total que ella hasta los asesora en la redacción de sus propuestas, y ya tiene amigos y todo en el grupo. Una empresa con capital extranjero está metida en esto y contrataron a un biólogo que los representa de apellido Leiziaga. Mi mamá se ha enfrentado al tipo y siempre nos comenta que no puede entender la falta de ética profesional de este hombre. Así que, como verás las cosas por aquí están de lo más animadas y solo tenemos dos días en la isla. Bueno, tú siempre has dicho que con nosotras se corren aventuras...

Pero yo, lo único que tengo claro, es que no puedo seguir sin ti. ¿No habrá algún modo de que te vengas? Inventa cualquier cosa, has como el protagonista de la película del Titanic, el personaje que hace Leonardo DiCaprio y vente, por favor.

Te espero, amor, te espero.

Ah, y no me escribas por el portal de tutopia.com que Maricris se sabe mi clave y me lee todo lo que llega por ahí, escíbeme al correo de terra.com ¿de acuerdo?

Por siempre tuya,

María Fernanda»

Resulta que Maricris y yo teníamos tiempo buscándole novio a mamá. Sí, exactamente eso, un novio. Era, por supuesto, una labor secreta, porque mi mamá se hubiera enfurecido si lo supiera, por lo tanto fuimos cuidadosas para que no tuviera la menor noticia. Entonces nos dedicamos por internet a revisar todos esos correos del corazón, para encontrar la otra «media naranja», amor o amigos, y todos los que aparecen en todos los portales del mundo entero. Llenábamos las fichas como si fuéramos mamá, y colocábamos todos sus datos (menos el nombre real, claro, para proteger su intimidad), entonces intentábamos encontrar alguien que pudiera coincidir con ella, en edad, sus gustos, historia y hasta oficio.

Vimos montones de fotos, recibíamos tantas cartas que el tiempo no nos alcanzaba para leerlas todas y escondidas de mamá, horas ante la computadora haciendo supuestos trabajos para el liceo (uno en una fotografía muy cómica en donde aparecía con un sombrero gigante, un señor que le determinaba el biorritmo, le hacía la carta astral y se prometía todo un sátiro en la cama; otro que le hablaba de su madre y su exesposa con demasiado cariño; uno que escribía las cartas más cursis, como si la hubiera conocido en su infancia, en fin, un montón de hombres solos llenos de complicaciones). Por fin dimos con alguien que nos pareció bastante cercano a lo que podría ser su ideal. Un hombre de unos cuarenta y siete años, dedicado a la biología marina, con un currículo digno de respeto en el gremio, con dos divorcios en su pasado, escribía unas cartas simpáticas, sencillas, y demostraba un interés por el mundo de las especies acuáticas muy parecido al de ella. Vivía en Bélgica pero decía que no tenía nacionalidad o las tenía todas, porque ha vivido en muchos lugares. El hecho es que entre Maricris y yo redactábamos las cartas respondiendo las suyas, tratando de mantener un «estilo» al modo de cómo

lo haría mamá, (corregíamos y corregíamos, nos costó bastante) y parece que lo convencimos, usamos un seudónimo: Alga Marina. Al señor éste, por casualidades del destino, lo enviaban a trabajar en una inspección justamente a Venezuela y a la isla de Margarita, y nosotras, sin mucha esperanza, nos dedicamos meses a fastidiar a mamá para convencerla de estas vacaciones aquí, y lograr de ese modo su encuentro con el candidato. El día que llegamos al hotel, es decir ayer, de una vez nos lo topamos en el restaurante. El señor Leiziaga, así se llama, le había enviado a mamá (es decir a Maricris y a mí) fotografías ante nuestra insistencia, por lo tanto lo reconocimos al verlo, en el restaurante francés del hotel, parecía una escena de película porque coincidimos al querer ver el mar desde los ventanales, pero mamá no pareció ni voltearlo a ver, aunque Maricris insiste en que sí, que lo que pasa es que no quiso «dar su brazo a torcer» ante nosotras.

Tenerlo tan cerca nos asusta ahora, y el tiempo se nos viene encima, ¿cuándo y cómo le contaremos a mamá la historia y la convenceremos de que vaya a la cita con él?

Urgente proteger la aprobación de la Ley de Pesca

*Los parlamentarios se pronuncian a favor
Ambiente favorable al reordenamiento del sector
Asamblea aprobaría ley pesquera.*

La noticia del mar. Lunes 11 de febrero. Reporta Coralia López.

Diputados del congreso han anunciado su disposición de aprobar la futura legislación que regulará las actividades pes-

queras en el país. Sin embargo recomendaron algunas modificaciones al anteproyecto de ley.

La Asamblea Legislativa podría aprobar el anteproyecto de ley que regularía las actividades pesqueras en el país, si los impulsores de la legislación hacen algunas modificaciones al documento, como aumentar las sanciones contra los infractores y ampliar el plazo de los permisos para realizar la pesca.

Al menos dos grandes fracciones parlamentarias han anunciado su disposición de aprobar el anteproyecto de ley para regular la pesquería en el país, que en la actualidad es analizado por el presidente Flores.

José María Casado, diputado de la izquierda, y militante de los movimientos ecológicos, urgió al Mandatario enviar «cuanto antes» el documento al congreso para que sea estudiado y aprobado, tras recordar que el anteproyecto de ley fue elaborado hace más de un año por el Ministerio de Agricultura y Ganadería (MAG).

«Vemos bien lo de la Ley», aseguró el legislador, «pero se requiere que le hagan pocas reformas», subrayó.

Entre las modificaciones que el legislador propone se le hagan a la futura legislación pesquera del país, se encuentran las de aumentar las sanciones contra los infractores y que éstas sean diferenciadas.

Capítulo IX

Estimada Alga:

Aquí estoy. Llegué a tu país tan solo ayer. Me produjo una emoción especial ver estampar el sello en mi pasaporte. Pensé: Estoy entrando al país de Alga Marina. No soy un hombre de emociones elementales, ya te lo he dicho, por eso me extrañó el pálpito.

Tienes un bonito país, al menos lo puedo decir de este fragmento, la Isla de Margarita. Cielo y arenas, agua y aire se presentan gratas al visitante, como un todo.

Me hospedé en el hotel BellaVista, como habíamos quedado, y desde que llegué he intentado tener algunos datos sobre este lugar. Con la información de los sitios de reunión de los pescadores, amanecí temprano para mi observación.

Me llama la atención los nombres que aquí utilizan: cachamas, corocoros, carites, corrotuchos, y por esa vía. Es curioso el juego sonoro, y el acento en el habla. (Del mismo modo mi acento les resultará también particular aquí).

Como sabes vengo en una misión de trabajo y además con el feliz propósito de encontrarte y conocerte de otro modo, porque de hecho ya te conozco bastante a través de la correspondencia.

¿Por qué no me dices nada de ti? Varias imágenes físicas flotan y nadan en mi cabeza, tratando de juntar palabras y rostro o cuerpo. Hay un desequilibrio indudable en ello: tú tienes hasta mis fotografías y yo debo imaginar a la mujer que me escribe.

¿A qué temes? No creí que aún en tu país tendría que seguir utilizando este recurso del internet para saber de ti.

¿Piensas que me desilusionarás? Nuestra amistad tiene buenos pilares, debería decir: bucea en aguas tranquilas y gloriosas.

Haz que te conozca, preséntate. Te invito a una copa de vino en el restaurante del hotel (una locura entre mesas de billar y decoración de los cincuenta).

¿Vale?

Ramón

Con mamá estuvimos paseando por la isla, pasamos de un pueblito a otro, de una orilla de playa a otra. De playa El Agua a playa Guacuco, y a Parguito y Zaragoza, cantábamos, hablamos poco en realidad. Pero el paisaje nos hipnotizaba, un cielo espléndido, el viento, las arenas, en la salida del pueblo de Pedro González, en un sitio que llaman El Salado, conocimos a Etlvina, una señora que hace empanadas muy sabrosas. Se nos hizo una manía venir allí cada vez que sentíamos hambre a comer sus empanadas y escucharle los cuentos.

—Señora Etlvina, cuénteme entonces como es el asunto con la Dama de Blanco, a ver si nos entendemos. ¿Usted dice que era una novia?

—Mijita, ¿tú viniste a comprar empanadas o a escuchar cuentos?

—Ah, no, no, no, no me cambie la conversa, ¿qué pasó con la Dama esa?

—Atiendo unos clientes y después te cuento.

—Mire que yo soy clienta también, y si no le voy a mamá con las empanadas en media hora me viene a buscar y no me deja escuchar nada.

El local está repleto de gente, es apenas un quiosco con techo de palma, pero las empanadas de Etelvina son famosas en todo Porlamar, María Cecilia y sus hijas han venido desde que llegaron a Porlamar ya dos o tres veces y siempre terminan en largas conversas con la vendedora, que es quien las hace. Empanadas de cazón, calienticas y bien condimentadas, es el ancla para mucha gente pero los cuentos de Etelvina son también un ingrediente de atracción del lugar. Maricris se ha ganado la simpatía de la señora, entre risas y zalamerías, como se gana la de todo el mundo.

Etelvina despacha una bolsita de empanadas, y mientras su hija continua con otros clientes, unos canadienses en pantalones bermudas que todo lo preguntan, decide responder al apremio de María Cristina, se sienta a su lado y cuenta la historia.

—¡Ay, Virgen del Valle! Tú sí que tienes un pastel en esa cabecita, se llama la Dama de Blanco porque va vestida de blanco, va en traje de novia.

—¿¿Qué?? ¿Y por qué?

—Porque ella era una novia que iba a casarse, una muchacha de Caracas, jovencita así como tú, viajó a comprar su ajuar de novia para casarse, cuando venía de regreso el barco, un barco de vela, por supuesto, se detuvo porque las aguas estaban

muy calmadas, eso retrasó el regreso, y la muchacha se había hecho muy amiga del capitán, al punto de que ya tenía serias dudas de si debía casarse con el novio que la esperaba. Con el capitán pasaba las noches hablando de cosas bonitas, y estaba embelesada siempre mirándolo y admirándolo, ella sabía que llegarían a tierra y que debía olvidar esta historia para casarse con su novio, se entregaron a lo que ambos sentían, al amor, a la atracción entre los dos. Ella tenía miedo de lo que sucedería y el capitán no le garantizaba nada, ni siquiera le hablaba de casarse con ella, y en esa época una muchacha quedaba en muy mala situación si después no había casamiento. La muchacha se sentía avergonzada y sufría con aquello.

—Toda una tragedia. Comentó María Cristina.

—Entonces...

—¿Entonces qué? ¿La mató el capitán?

—No, niña, espérate, deja el apuro... entonces, se puso su vestido de novia y se lanzó al mar una noche, cuando estaban muy cerca de la isla La Blanquilla. En esa isla hay una cruz en su honor, no está enterrada allí porque su cuerpo no se encontró nunca.

—Pero, Etelvina— dijo Maricris después de permanecer largo rato en silencio.

—Eso no tiene sentido, esa muchacha debió esperar llegar a tierra firme para explicarle a su novio que amaba a otro.

—Pero, hija, no entiendes que eso no lo podía hacer, si hasta había comprado el ajuar, y estaba todo preparado para la boda.

—Ay, ¿y eso qué? Yo conozco gente que se arrepiente faltándole minutos. Mi mamá tiene una amiga que no se apareció a la iglesia, cogió un autobús y se fue de la ciudad, y después no pasó nada, es mejor arrepentirse a tiempo.

—Eran otros tiempos... Bueno, pues, tú querías que te contara el cuento y ahora me vas a salir con el pato y la guacharaca, ¿quién te entiende?

—Y esa muchacha entonces ¿se aparece por ahí?

—Sí, dicen que en las noches de luna llena.

—¿Y a qué viene?

—A buscar el amor, dicen que se acerca a los hombres y acaricia con manos de seda.

—O sea que a las mujeres ¿no se nos aparece?

—Bueno, eso dicen, no sé de ningún caso de mujer...

—En esta época nada de eso hubiera sucedido. Bueno, Etelvina me voy con las empanadas que mamá y mi hermana me esperan, y quiero ver cómo está el Compinche.

—¿¿Quién??

—Mi perro, se llama Compinche y ahora tiene novia y está muy ocupado.... ¡adiós!

—Maricris sale corriendo con su paquetico de empanadas y camina por la 4 de mayo, hace rato que debía estar de vuelta pero se entretuvo en su empeño de conocer la historia, a esta hora los barrenderos recogen los desperdicios del día, todavía quedan hombres y mujeres con grandes barriles rodados ofreciendo agua o refrescos en venta, sus pregones y los ruidos de las escobas en el pavimento son los únicos sonidos en la avenida.

María Cristina camina con aprensión apurando el paso, de golpe ve la cola de un vestido de novia cruzar la esquina, despavorida corre la cuadra que le queda para llegar al estacionamiento del hotel BellaVista.

Al entrar, aún con el corazón acelerado, se le ocurre que debe pasar a ver a Compinche, en su lugar de recogimiento.

Se acerca, y se pregunta si a estas horas de la noche podrá entrar. Decide asomarse por los orificios de la reja en un extremo lateral de la edificación. Ve a los perros dormidos en sana paz, pero, el sonido de las conversaciones y sobre todo el de una voz que reconoce, la de la extraña mujer del avión, la hacen seguir su pesquisa con la vista. La descubre sentada tras una mesa, en acalorada discusión con dos individuos, no alcanza a entender frases completas, solo palabras: el encargo, lo convenido, la mercancía. Cree percibir que la han descubierto y entonces corre, hasta esconderse en el Ala B, busca los ascensores, y logra llegar a la habitación donde la esperan Marifer y la madre, entra con las empanadas todavía calientes en la bolsa, y, guarda su secreto.

Capítulo X

Querida Coneja:

Tenía como media hora esperando a que se desocupara una computadora para poder escribirte. Me vine al Cybercafé que nos gusta, en el Centro Comercial Metrópolis, pero ni modo, demasiada gente conoce de este lugar. Amigos del liceo por todas partes y nada de tranquilidad para concentrarme en lo que te digo, para que después no me respondas que tienes que traducir mis cartas...

Ayer tuvimos práctica de béisbol y pensaba en ti, me hacías falta sentada en las gradas y dándome ánimo o picándome el ojo mientras yo te miro desde la lomita.

Roberto me prestó el disco que querías con la canción de Enrique Iglesias («quiero ser tu héroe, quiero ser tu dios») y mientras quemábamos el CD, escuchándola, me imaginaba que era yo el cantante del video clip y tu mi muchacha (obviando, claro, ese final, en que el villano le parte el alma al muchacho).

Si hago lo que me pides y me meto de polisón en el ferry para ir a verte, no estoy seguro de qué puede pasar después, ¿la señora María Cecilia aceptará que viva en tu casa? Porque

mi papá creo que no me verá más ni la sombra, y ¿si de paso me asaltan y me caen a palos? La verdad, mi amor, que no me parece buena idea, esas son cosas que hace Leonardo Di Caprio porque es una película y además se lo pagan muy bien, la purita ficción.

Aquí las chicas del salón han preparado una fiesta de disfraces en casa de Hilda, Santiago y yo estamos montados en una pinta calidad. Te encantaría verme... Mentira, mi coneja, todo esto lo digo para mortificarte, lo cierto es que este paisaje sin ti no tiene ningún sentido, parezco un alma en pena sin ánimo para nada. Cada vez que puedas escaparte al internet escíbeme, un apretón de cachete para la Maricris.

Tu Julio C. (Aquí me están apurando porque ahora resulta que van a cerrar).

Me metí en la torre B por puro azar, se me ocurrió que para no caminar tanto desde la piscina hasta nuestra habitación (que es la 514 y está en la torre A), podría subir por la B y atravesar algún pasillo.

Subí las escaleras, desconchadas, destartaladas, la madera comida por la humedad, y llegué al primer piso con la esperanza de tomar el ascensor, pero la sola visión de las paredes me dejó petrificada: un papel antiguo, como de los años 50 (según mamá cuenta), pero rasgado como si lo hubieran estado arrancando con uñas muy largas y gigantes o con cuchillos filosos. Ello bastaba para darle un aspecto a los pasillos

bastante téticos. Comprobé que piso por piso estaba sí y, me dirán ¿por qué no tomaste el ascensor?, porque lo del ascensor es aún peor: está reventado, la parte inferior de las puertas en cada piso parecen haber sido forzadas a abrir con alguna palanca, dos aletas sobresalen de lado y lado, impidiendo, por supuesto que la cabina baje o suba.

¿Cómo pudo suceder esto? Es lo primero en que pensé.

Comprobé de inmediato que no podría pasar de esta torre a la otra porque no había ninguna comunicación en la estructura, de modo que después que había logrado subir, temblando de miedo, al cuarto piso, volví a bajar apresuradamente las escaleras.

¿Sería que este pabellón, esta torre, se construyó primero y luego se abandonó por alguna extraña razón? Tomará tiempo investigarlo... Mamá y Mafer me esperan y ni siquiera puedo comentar el asunto para que no se burlen de mí. ¡Incrédulas! Fantasmas acechan.

Por fin dispongo unas vacaciones e inevitablemente se presenta lo inesperado: Un conflicto de los pescadores artesanales, quienes siempre terminan siendo mis amigos. Las muchachas me protestarán y con razón, pero el trabajo y la vida se me han vuelto un solo asunto con mi pasión por lo que hago.

Nunca pensé que mi viaje de vacaciones tomaría la vía de una gesta de defensa a los pescadores artesanales y con ellos a mi querido camarón tropical.

El asunto es que la fulana ley de pesca está y no está aprobada, y dada la cercanía posible las empresas decididas a seguir trayendo la extinción del animalito con la pesca de arrastre, ni cortos ni perezosos no abandonan lo suyo.

Una empresa camaronera extranjera quiere cobrar ventaja, se llama: Maratún, y debería llamarse: Maratón, porque eso es lo que es, un maratón forzado para los pescadores artesanales de la zona, acabando con la fauna de la región en un dos por tres.

Lo peor del asunto es que el hombre que representa la empresa es inteligente y sabe como manipular la circunstancia; está hospedado en nuestro hotel, en el BellaVista, es biólogo marino, trabaja para ellos y es quién se encarga de asuntos como la solicitud de permisología y esas cosas (debo reconocer en él, además, un extraño atractivo, tiene algo que no sé explicar, un modo de estar pensativo, un..., en fin). Se apellida Leiziaga, y yo, que tengo una larga experiencia en este tipo de asuntos, estoy asombrada de la capacidad del personaje para transformar la información y ponerla en función de su causa. Lo primero que ha hecho es disfrazar de «labor de investigación científica» el vulgar saqueo que están haciendo en las costas de esta isla. Sabe usar el lenguaje y es, por supuesto, un buen simulador. Maratún le debe estar pagando muy buen dinero para que haya puesto de lado su condición ética como biólogo marino con tanta facilidad.

Mi mamá y el señor Leiziaga ahora no pueden ni verse, pensar que la primera vez que coincidimos con él en el restaurante del hotel nosotras creímos que podía haber un flechazo por las miradas que ese hombre le dedicaba. ¡Se ve tan solitario! Y eso no es nada, porque la historia es aún más complicada de lo que parece. Les cuento.

Como saben, todo iba bien hasta el punto en que el hotel escogido sería el lugar de encuentro. Pero, y aquí viene aquello que nunca imaginamos, mamá, como de costumbre se involucró en una pelea contra la pesca de arrastre en la que resulta que el susodicho está del bando opuesto, nosotros

sabíamos su nombre verdadero porque él nunca mintió, y aquí en Margarita le hemos continuado escribiendo por internet (como si fuéramos mamá) la idea era revelarle la verdadera identidad en estos días, pero cuando vimos que él representaba a la empresa Maratún, y que mamá anda como diría papá: «creyéndose una Rosa Luxemburgo cualquiera», con la voz de los trabajadores en sus luchas (léase: pescadores artesanales) decidimos que mejor reservábamos la cita para más tarde, o borrábamos al tipo, al señor, de la lista de los ideales. Maricris propuso que con un poquito de tiempo a lo mejor... ella es amiga de tener siempre esperanza, y estamos en eso, pero yo sólo veo que el asunto se pone cada vez más candente y no nos imaginamos que pasará si él, en algún momento se da cuenta de que ella, es ella. Otro problemita mayor nos aqueja: ¿cómo le vamos a contar a mamá todo lo ocurrido? Además, para culminar diciéndole que el de la cita es Leiziaga Creo que papá tendría que venir a buscar nuestros cadáveres... (Es broma).

Capítulo XI

*El mundo es redondo
¿El mundo es pequeño?
—Mi amor es un mundo.*

JOAQUÍN PASOS

Julio César:

¿Quién eres ahora? ¿Dónde estás? Leí una carta tuya en correo de ayer, y mis ojos quedaron inflamados de la concentración en la pantalla leyendo y releyendo aquellas líneas que no puedo atribuirte. Estoy asustada. Te dejo unos días y te conviertes en otro.

No puedo creer lo que leí. En análisis: ¿Me quieres dar celos con Hilda? No, tú no eres tan elemental. Que vayas o no vayas a una fiesta en su casa no sería en ningún momento perjudicial a nuestra relación, pero, el modo en que lo dices no me gusta.

*¿Te parece insólito el sacrificio del personaje de DiCaprio cuando tú y yo hemos visto Titanic millones de veces y siempre hemos dicho que nuestro amor va más allá de eso?...
¿Entonces?*

Y yo a ti ¿no te hago falta?

Además, no pareces tú. He llegado a pensar que Sebastián te robó la clave de correo y me escribió haciéndose pasar por ti. No tiene otra explicación. Pero... ¿Y cómo sabe que el

nombre secreto que me das es el de Conejita? ¿Tú se lo has contado? No parecen cosa tuyo.

Estoy triste, muy triste. ¿Recuerdas aquella noche que mamá se tomó unos vinitos de más y se puso a escuchar fados portugueses? ¿Recuerdas el que nos hizo escuchar especialmente, cantado por Dulce Pontes y nos tradujo la letra con tanta tristeza? Decía: «Si mi amado llega/ yo besaré las piedras del camino/ que él haya pisado»... Eso he pensado, anhelando la posibilidad de verte.

Tu Coneja

Anoche hablé con Nila, la joven que trabaja en la recepción del hotel, y le pregunté con mucha cautela si había algún archivo en el cual yo pudiera averiguar la historia de este hotel, ella estaba orgullosa de mi curiosidad y prometió investigar para entregarme algún material u orientarme en esa dirección. Entonces, fui más allá y le pregunté a dónde conducían las escaleras de piedra cerca de la salida a la piscina, que están vedadas con una cadena y un cartel que dice: Prohibida la entrada. Me dijo que era una especie de sótano desde donde se controlaban tuberías de agua y gas y esas cosas y que ella nunca había bajado allí.

Pregunté entonces si el ala A era la original del hotel, cuando se construyó y me dijo que sí. Y le pregunté si los ruidos de la cocina y los del comedor, metales que caen, risas inesperadas, platos que rebotan, habían sido investigados, entonces me miró extrañada, me tomó la temperatura y me preguntó si me sentía bien. Le dije que sí, me despedí, y cuando corrí al ascensor le recordé no olvidar lo de la historia del hotel.

Creo que en mi cabeza vivo varias historias como si fueran archivos distintos del disco duro que se entrecruzan. Por una parte está la curiosidad que siento por esta isla y su historia, ese asunto de los indios guaiqueries del que quiero saber más, por otra lo que leo en Cubagua, la novela que me prestó papá. Pero también está esa mujer extraña que parece vender drogas y que me mira con rabia, ella está por todas partes y no está sola, me asusta, lo confieso.

Ayer acompañamos a mamá a los tribunales, con el lío de los pescadores y la empresa Maratún.

Parecía una escena de película aquello, mi mamá rodeada de los pescadores como una Juana de Arco con sus soldados y frente a ellos el señor Leiziaga representando a «los malos» de la partida.

Mi mami estuvo muy bien, explicó muchas cosas y la aplaudían a cada momento. El señor Leiziaga habló poco, se le veía contrariado pero se mantuvo serio, sin mucha exaltación, siempre fue cortés (no se le niega), estaba incómodo o algo así.

El final fue muy duro, quedó bastante claro que ellos (los de la empresa) tienen aprobados los permisos y pueden hacer lo que quieran con su pesca de arrastre y los pescadores artesanales con mamá no tendrán más que resignarse, por lo menos hasta que no se apruebe la Ley de Pesca.

Cuando eso ya quedó definido, lo dijo, el Fiscal, nos dio una tristeza muy grande. Después vino la entrada de los periodistas a la sala y casi se repitió todo, Leiziaga, muy serio casi parecía darle explicaciones a mamá más que a nadie, hablaba de: «graduar la cuota de captura de los peces», mamá dice que ese es «un cuento chino». Total que él la miraba serio pero como si pidiera, y al final dio por terminado el asunto y se salió sin despedirse.

Mientras los veíamos discutir, enfrentarse, Maricris y yo temblábamos sólo de pensar en que cada día más nos parece más difícil poder decir la verdad, contarles a ambos lo que hemos hecho y descubrir a Leiziaga que mamá, María Cecilia, es en realidad Alga Marina.

Creo que un ataque de rabia será la reacción más natural. No sé. También cabe la posibilidad de no decir nada. ¿Qué puede pasar? Qué Leiziaga regresé a Europa pensando que Alga Marina le tuvo miedo y no quiso presentarse a la cita, o que ella en realidad no existe, es una invención de alguien para hacer una broma o para vivir ese asunto que viven los escritores cuando inventan los personajes de sus historias. Mamá nunca tendría por qué enterarse de nada. Casi no he podido dormir pensando en esto. Él parece tan terco como mamá.

Me levanté casi de madrugada a ver el mar. Sabía que mamá y Mafer se habían acostado demasiado tarde para sus hábitos normales y por lo tanto, se despertarían tarde. Casi de madrugada me bañé, me vestí y he bajado a caminar por la playa con la luz suave de estas horas.

El señor Leiziaga anda por aquí, resulta que bucea a estas horas. Me saludó con una sonrisa y un movimiento de cabeza,

lo encontré colocándose los últimos pertrechos del traje. Parece un extraño personaje con esas cosas encima. El traje isotérmico le luce, su tórax se ve como ancho, y tiene un aspecto elegante y fuerte (no creo que mamá no se haya dado cuenta). Me senté en una silla de extensión para mirarlo desde aquí disimuladamente. Se está colocando el chaleco hidrostático, la brújula, el cinturón de lastre... lo miro y pienso en lo que pasó entre él y mamá ayer, en la rueda de prensa, salió tan molesto... Mafer y yo ahora si estamos en un problema.

Él dirá que la mujer de las cartas, Alga Marina, a lo mejor lo vio y él no le gustó, o es una embarcadora, o no existe, porque no tiene sentido que no se le haya presentado. ¿Qué pensaría, cómo reaccionaría si supiera que mi mamá es esa mujer? Es decir, si supiera que la doctora González, a la que él se enfrenta públicamente, es Alga Marina.

Se está colocando las aletas, el tubo, y tiene los lentes de buceo entre las manos. Me mira.

—¿Has buceado alguna vez?

—No.

—Pero tu mamá seguramente lo hace.

—Sí, ella sí, y cuando éramos pequeñas ella nos llevaba a un lugar llamado Isla Larga, donde con lentes de agua podíamos ver los corales, quería enseñarnos...

—¿Y por qué después no?

—No sé, porque ella está ocupada, o porque no hemos puesto interés nosotras.

Hubo una pausa larga, él se sentó en la silla de extensión a mi lado y jugaba con los lentes entre las manos sin mirarme.

Entonces dijo: —¿Ella está muy enojada?

—Sí, mucho.

Se quedó callado otra vez.

—Además, usted salió así, ni siquiera la miró.

—Y... ¿si la hubiera mirado?

—Si la hubiera mirado, y esto lo pienso yo, no lo he hablado con ella, si la hubiera mirado a lo mejor se calman los dos, y...no sé, podían hablarse en otro tono.

Suspiró largo, como con dificultad, y después me miró. Se puso de pie.

—No lo sé, quizá no.

—Nada perdía con probar, usted salió con tanta arrogancia (esto se lo dije muy bajito, casi con miedo).

Entonces él vino y puso su mano sobre la mía, diciéndome:

—No la ignoré, no la ignoro, te lo aseguro. Tu madre es una mujer valiente.

Tomó los lentes, se los puso, me dijo adiós con la mano, y se fue camino al muelle.

—Mafer, ¡¡Mafer!!! —dice Maricris, recién entrando a la habitación y con la intención de despertar a su hermana.

Mafer se estruja los ojos aún entre bostezos:

—¿Qué te pasa?!

—Tengo algo que contarte. Dice Maricris muy bajito.

—¿Uuuuuuh?

—Hablé con Leiziaga.

Mafer se incorpora en la cama de un salto: —¿Qué?!

—No, no, no te asustes. Todavía no le dije nada, pero, él si me dijo a mí.

Mafer se sienta en la cama y se acerca más a su hermana mirando de vez en cuando a la cama de madre quien todavía duerme.

—¿Qué? ¿Qué, qué, qué te dijo?

—Me parece que está preocupado por mamá.

—¡Shuuu! por favor, no le creo, es un cínico.

Maricris se expresa molesta: —¿Por qué? ¿Por qué un cínico? ¿Por qué no está de acuerdo con ella?

—¡Ay!, ¿vas a volver con eso? No seas ridícula. La madre despierta por el sonido de las palabras.

Desde la cama les dice: —¿Niñas qué pasa? ¿Qué hora es? Tengo sueño ¿qué les pasa a ustedes? ¿Por qué pelean?

—Nada mamá, aquí la ridícula de Maricris que dice que el señor Leiziaga tiene razón.

Maricris vacila, teme la mirada de la madre.

—No dije exactamente eso, Mafer, no lo dije.

María Cecilia se incorpora en la cama y mira pensativa a su hija.

—¿Qué quieres decir, Maricris?

Maricris va hacia la cama de su mamá.

—Que... bueno, ese señor trabaja en esa empresa, debe defender su trabajo, y además en lo que dijo ayer parece que él creyera que se pueden tomar algunas precauciones para evitar eso que tú temes.

Maricris la miro pensativa, y le pasó la mano acariciándole el cabello.

—¿Cuándo te vas a cepillar bien este pelo?

—¡Mamá, estoy hablando en serio, no me cambies la conversación!

Mafer de pie dobla las sábanas de su cama, pero está muy atenta a la posible respuesta de su madre.

Maricris vuelve a la carga.

—Mamá, está bien, tú tienes razón en lo de los pescadores y todo eso, pero, no tienes que odiar a ese señor.

Mafer mira a su hermana tratando de hacerle señas con los ojos para que se calle.

—Bueno, estuve investigando en internet al señor Ramón Leiziaga. Dice María Cecilia.

—¿Y? —Dice Mafer atentísima.

—Tiene un historial excelente... durante algunos años trabajó para institutos de investigación de mucho reconocimiento, en los últimos quince años se ha dedicado a empresas como Maratún. Estuvo en la isla de Madagascar, en Sudáfrica, trabajando con ballenas, es especialista en delfines y ballenas.

Mafer y Maricris cruzaron una mirada de inteligencia, su madre les hablaba de cosas que ellas sabían hace ya tiempo por las cartas de Leiziaga.

—¿Y entonces? Dijo Maricris, recostándose de las piernas de su mamá.

—Entonces, no sé, no es un ignorante en la materia y debe saber que nosotros tenemos razón, pero algo me dice que... no es un cínico.

—Él... Dice Maricris y Mafer reacciona de inmediato callándola.

—Mamá, levántate, vamos a desayunar, no podemos perder ni un día estas vacaciones y ayer con lo de la rueda de prensa...

María Cecilia se pone en seguida de pie y acelera sus acciones.

—Tengo una reunión temprano en el Sindicato.

Las muchachas la interrumpen: —Ah, no, mamá, y ¿entonces?

—Bueno, calma, llamaré por teléfono a ver a qué hora va la gente, desayunamos y ya veremos. Podríamos...

—Ir a ver el Castillo de San Carlos, papá nos habló de él.

—Bien, señoritas, presiento que «las focas están soplando el hielo», yo tengo que resolver mi asunto con los pescadores y...

Mafer y Maricris, jugando, la empujan a la cama para hacerle cosquillas.

¡Estamos de vacaciones!

Las muchachas tumban a su mamá en la cama, y todas caen muertas de risa.

Capítulo XII

¿Quién mata con más rigor?

Amor

¿Quién causa tantos desvelos?

Celos

¿Quién es el mal de mi bien?

Desdén

¿Qué más que todos también

una esperanza perdida,

pues que me quiten la vida

amor, celos y desdén?

LOPE DE VEGA

María Fernanda:

Leí tu carta. No te escribí yo.

Puede haber sido una broma de Santiago. Y es posible que él sepa que te apodo coneja cuando quiero acariciarte, ¿por qué hacer un escándalo de eso? En todo caso el que puede hacer el ridículo soy yo y no tú.

¿Por qué buscarle cinco patas al gato? Ya lo aclararé con él (a mi manera).

¿Te sientes más tranquila?

No te había escrito porque he estado con el abuelo, tiene recaídas y en casa no hay mucha gente para cuidarlo.

Encontré en su biblioteca: Cubagua, la estoy leyendo.

Mi tía Ana está haciendo un curso que terminará hoy, entonces ella se encargará del abuelo con mi papá que hoy comienza vacaciones. Tendré más tiempo, aunque el abuelo a mí no me molesta.

No te he visto quemada de playa, aunque cuando vienes al judo se te ponen los cachetes rosaditos como una manzana.

Fui al cine a ver Matrix, está bastante bien, me hubiera gustado verla contigo. Te gustará.

¿Será muy difícil que chatiémos? Habría que hacer una cita en internet, hay que saber con seguridad cuando ambos podemos. Será difícil, me imagino.

No sé cómo puedes dudar de la falta que me haces. ¿No te han dicho que el que se va tienes más oportunidad de olvidar que el que se queda? Tú estás allá viviendo cosas nuevas, yo estoy aquí en donde siempre hemos estado juntos. Tú te quedaste aquí, en la memoria de las cosas, en mí...

El abuelo estaba sentado en su butaca como si mirara por la ventana y me llamó para darme algo, tú sabes que ahora casi no puede hablar. Entonces lo agarré y era un papel con un poema, creo que arrancó la página de su libro preferido de Neruda, lo leí en mi cuarto. El abuelo sabe que tú estás lejos.

Te copio un fragmento (se llama: Si tú me olvidas) porque el poema es más largo:

«todo me lleva a ti,
Como si todo lo que existe,
aromas, luz, metales,
fueran pequeños barcos que navegan
hacia las islas tuyas que me aguardan»

Bueno, Coneja, cuídate, diviértete,

Te abrazo

JULIO CÉSAR

Leer a Julio César me conmueve, no sé cómo podía vivir sin conocerlo, no sé quién era antes, cómo vivía.

La primera vez que lo vi fue en las prácticas de la escuela de judo. Yo hacía mi rutina diaria de calentamiento, me preparaba para el combate con alumnos de cursos más adelantados. Me correspondió hacerlo con Julio César, él fue mi *joseki*. En el momento del saludo sobre el *tatami* descubrí la transparencia de sus ojos.

El me venció la primera vez, pero yo lo hice de inmediato. Todos los días coincidíamos en la escuela, él me «aplicaba» el principio de la suavidad del judo: No ir contra la fuerza del oponente, sino vencerlo usando su fuerza.

Recuerdo aquella tarde en que nuestro maestro señalaba *matte*, que es la orden de detenernos, porque Julio César estando en *ne-waza* se puso de pie levantándose del *tatami* sobre su espalda. Otro día fui yo quien aplicó el *kumikata* por *koka*, que significa haberlo inmovilizado por un poquito más de diez segundos.

Pero más fueron las veces en que se enredaron nuestros movimientos cautivados el uno por el otro.

Una tarde, cuando iba hacia las duchas para cambiarme el uniforme por mi ropa de calle, Julio César me dijo algo, justo en la puerta, sólo me detuvo y lo dijo. Era un poema, un cortísimo poema, decía así (y ahora lo repito en mi memoria cada día): «Yo seré como el río, que se despeña, /y choca, y salta y se retuerce... /¡Pero llega al mar!», me quedé desconcertada y al salir de las duchas me le acerqué para preguntarle si esas palabras eran suyas, dijo que las había escrito una poetisa de Cuba llamada Dulce María Loynaz. Desde ese día él me gustó aún más. Yo entendía que él estaba tratando de llamar mi atención (igual que yo a él) y estaba dispuesto a todo, así interpreté las palabras en el poema.

En cosa de semanas ya andábamos agarrados de la mano, sin podernos desprender.

Compinche se ha puesto de lo más esponjado con ese asunto de tener novia, cuando vengo a verlo no me hace mucho caso y parece querer decirme que no lo moleste en sus faenas de noviazgo.

Laica es una amarilla, mucho más peluda que él. Se llevan de lo más bien. Mafer ni se molesta en venir, creo que desde que llegamos, como anda con el asunto de Julio César, parece que flota en el aire, y ni se acuerda de nuestro Compinche. Mamá lo visita y habla con él.

He descubierto por lo que me dio Nila acerca de la historia del hotel, que resulta ser, y eso a Papá le interesaría mucho, que este hotel está construido sobre un territorio que los indios vendieron. El documento dice:

«El terreno donde hoy se levanta el hotel BellaVista fue adquirido por el gobierno nacional a la Comunidad Indígena por ochenta mil bolívares, de los cuales cuarenta mil fueron pagados en efectivo y cuarenta mil en acciones. Estas acciones se las vendió la Comunidad Indígena a la Compañía Anónima de Agencias de Hoteles y Turismo de Margarita y esta a su vez las vende a la

Compañía Anónima Pesquera Nueva Esparta, la cual no pudo pagarla y tuvo que dividir el terreno. Así pasó a manos de Corpoturismo en 1955».

De todo esto, lo que me llama más la atención es lo de la Comunidad Indígena, el gobierno les compró las tierras y después eso va de unas manos a otras, ¿y entonces? Me he puesto a pensar en las familias indígenas ¿quién les quita la tierra? ¿Qué será de sus hijos, de quienes están por venir? ¿Acaso las entregaron por deudas? Pero, esas tierras fueron de ellos desde siempre.

Aja, aquí dice que las dos salas del hotel, fueron construidas en épocas distintas. La primera se llamó La Concha, ala A y la más nueva: La Perla, ala B, La Concha debe ser la que está en reparación, donde están los fantasmas... bueno, donde creo que andan los fantasmas. Ahora debo buscar más pistas. Si pudiera entrar por esas escaleras de piedras que tienen vetadas, a lo mejor tendrá datos para descubrir el misterio.

Capítulo XIII

Desayunamos en la churuata, con el mar de fondo, escogimos una mesa que nos permitía disfrutar del paisaje, con una luz blanca suave reflejada sobre la arena. El agua del mar estaba de un azul de ápice de colores, celeste, sutil. Como podíamos servir lo que quisiéramos, nuestros platos eran torres de cosas, contrastando con los de mamá que pidió frutas y café. Nos decía: —Bueno, ustedes todavía pueden hacer eso...

Mamá recibió una llamada en el celular del grupo del Sindicato y decidió dejarnos en la piscina un rato mientras ella asistía a su reunión. La verdad es que no pusimos mayor queja porque Maricris y yo necesitábamos hacer rato estar sola para hablar el asunto que nos preocupaba: ¿Qué hacer con la cita del señor Leiziaga y nuestra inventada Alga Marina?

Después de mucho discutirlo llegamos a varias conclusiones:

- a) Qué tendríamos que enfrentar a mamá y contarle todo con respecto

A lo que habíamos hecho inventándola como Alga Marina.

- b) Que también Leiziaga merecía saber de todo esto.
- c) Que, y esta era una opción, podíamos callar para siempre y nadie, excepto nosotras mismas, sabría la verdad del asunto.

Esto último o discutimos largamente, porque Maricris piensa que alguna vez en la vida, a lo mejor ya muy mayores, o a lo mejor cuando mamá vaya a morir (y ojalá eso sea dentro de quinientos años), tendríamos que decirle la verdad.

Estábamos en ello, en esta filosófica conversación, frente a la piscina, cuando de pronto: ¡¡LO INESPERADO!! Apareció nada menos que Compinche, nuestro chow chow corriendo como un desaforado, con Malavé atrás. La velocidad de nuestro perro en su carrera dejaba mucho que desear de la de Malavé, y cuando Maricris y yo nos sumamos a ese rally la cuestión se puso peor. No hubo silla de extensión, ni mesa, ni mesonero que quedara de pie, vasos, hielo, platos y lo que se puedan imaginar rodaba por el camino, las personas se apartaban para dejarnos pasar. Finalmente triunfamos y entre Maricris y yo pudimos agarrarlo y tranquilizarlo, para ello utilizamos el viejo truco de las salchichas asadas, dándole de comer así su plato favorito.

Después lo llevamos entre las dos, con Malavé delante, al lugar de su recluimiento, y allí supimos que se habían llevado a Laica para una consulta veterinaria y su príncipe, es decir, nuestro Compinche, al verse solo los nervios se le pusieron de puntas y decidió dar un paseo inesperado por esos lados de la piscina.

Después de dejarlo tranquilo en su lugar, fuimos a la gerencia del hotel, y Nila, para nuestra suerte, la joven de la recepción, fue solidaria con nosotras, dando razones al gerente para justificar el accidente, y considerando que los daños en cuestión no habían sido mayor cosa, lo previsible.

Salimos de esas oficinas con un suspiro. Las dos nos reíamos asustadas en realidad, de imaginar si de otro modo habría que indemnizar al hotel por daños, y eso sumado al asunto que ya nos corresponde con mamá, era como para desaparecer.

Tomamos, pues, una mejor decisión: irnos al Centro Comercial Jumbo y escribirle todo a papá por internet para que él nos aconsejara al respecto. Así tendríamos la opinión de alguien que está fuera del juego o de esto y tiene la cabeza más en orden, además de que es nuestro papá y nunca nos falla. Así lo hicimos.

Capítulo XIV

Mamá regresó de la reunión y nos encontró acostadas en los sillones, muy embadurnadas de aceite bronceador con aroma de canela, nuestros lentes oscuros, y una pose de: «Mira que bien nos portamos tus hijas».

Le pedimos nos contará como iban las cosas. Nos explicó que mientras la Ley de Pesca no se apruebe no hay mucho que hacer, y la empresa Maratún tiene las de ganar, los permisos son legales, y ellos pueden llevar a cabo su propósito con toda libertad.

Después que dijo todo eso se quedó como triste, y Maffer le puso bronceador en las piernas como para acariciarla y ponerla a pensar en otra cosa. Ella estaba callada, pero al rato dijo: —Lo único que puedo hacer es, preparar con mí instituto un taller para informar mejor a la gente sobre la Ley, para que la defiendan y busquemos juntos su aprobación definitiva... me siento como que no puedo hacer nada en lo inmediato por lo que quiero defender...

Maricris se levantó y abrazó a mamá sin decir nada.

—Mamá ya has hecho bastante, tu misma nos dices siempre que este es un Proceso de mucho tiempo, que

todos tenemos mucho que aprender de los cuidados a la naturaleza— le dije yo.

—Poco a poco, mami la gente aprende y, tus nos has enseñado que hay quienes tienes razones y poder para que las cosas no sean como deben ser. Reforzó Maricris.

—Mamá nos abrazó fuerte a ambas y dijo estar muy orgullosa de nosotras, y luego, más tranquila: —Bueno, señoritas, ¿hoy nos quedaremos aquí o quieren pasear un poco?

Nos fuimos a Boca de Río, mamá quería mostrarnos el Museo Marino y el instituto donde ella había hecho sus primeros estudios sobre el Océano. Fue un día maravilloso, de descubrimientos para nosotros y de recuerdos para ella. En la cabeza de Maricris y en la mía de vez en cuando se prendía una lucecita que nos recordaba la necesidad de saber la respuesta de papá.

La Escuela de Ciencias Aplicadas del Mar, que así se llama ese lugar, queda muy cerca de la laguna La Restinga, era hermoso tener un encuentro real con un paisaje que mamá nos había descrito tanto, y que además conocíamos por canciones y poemas.

Mamá nos contó un poco desilusionada, que había ido a conversar con el historiador, ese conocido de papá, Mendoza, para solicitarle que como él es un cronista reconocido aquí, aceptará firmar un documento de los pescadores artesanales que piensan publicar con varias firmas de la región, dejando sentada su protesta por la permisología a la pesca de arrastre, dice que Mendoza, muy caballerosamente, firmó el documento, pero luego le dijo que él ya no tenía esperanzas en esas cosas, ha participado en muchas peleas parecidas y parece que

nunca hay progresos en estas gestiones, porque se atraviesan intereses imprevisibles.

Me quedé pensando en el Mendoza de la novela de Enrique Bernardo Núñez, Cubagua, quien también es un historiador, y que al final es el que se roba las perlas, o se queda con ellas, cuando todos han cargado con la culpa a Leiziaga. Pero este señor parece diferente.

Mamá nos habló de Nueva Cádiz, que es o fue una ciudad, que existe más en la imaginación de la literatura que en lo real. Fue un lugar construido en el proceso de la Conquista, y se convirtió en un centro muy importante porque era la ciudad de las perlas. Eso fue en el siglo XVI. Nueva Cádiz vivió su auge y después entró en decadencia, al final entre los piratas y los huracanes acabaron con ella. Ahora existen las ruinas en la isla de Cubagua y muchos investigadores conocidos se han dedicado a estudiar el lugar, el último fue, dice, mamá, uno llamado Cruxent.

Mucha gente preocupada de la isla ha propuesto hacer de las ruinas un Museo, y «equilibrando lo turístico con lo histórico» darle más importancia como patrimonio nacional.

Después mamá inventó que nos fuéramos al pueblo de Juan Griego. Tanto Maricris como yo pensamos que mamá estaba como disimulando su tristeza o queriéndola dispersar, por eso no quería descansar sino seguir andando.

De todos modos era una idea bonita y la disfrutamos mucho. El viento del atardecer soplabla suave, como una brisa silbante, moviendo las hojas de las palmas, y cambiando de lugar las nubes. Juan Griego es muy bello en el atardecer, ahora entiendo lo que dicen los poetas cuando hablan de su cielo.

Caminamos las callecitas, disfrutamos con los ojos y la sensación de la brisa sobre nuestros cuerpos, y de repente, en unas, mesitas que estaban como en la puerta de una bodega, había unos señores tomando cerveza y las tres distinguimos a Leiziaga.

Mamá bajó la cabeza cuando vio que él, nervioso, se puso de pie y venía hacía nosotras.

—Doctora González. Dijo, en un tono amable.

—¿Cómo le va? Contestó mamá, sin mirarlo y apurando el paso.

—Doctora González me gustaría tener algunas palabras con usted.

—A mí no, señor Leiziaga.

—María Cecilia, por favor. Dijo él, y las tres nos quedamos detenidas.

Mamá bajó de la acera y se mostró indiferente aunque estaba nerviosa, no lo miraba.

Muy hermoso este cielo, ¿les parece? Mamá levantó la vista, más calmada.

—Dígame.

—Quiero hablar con usted, no tiene que ser ahora.

—Creo que no hay mucho de qué hablar, Doctor Leiziaga.

—Yo pienso lo contrario, por favor.

—No es el momento, ahora, si nos disculpa, nos vamos.

Lo dijo, pero sonrió, y me pareció más tranquila. Él hizo un movimiento de cabeza afirmativo y nos vio pasar.

Las tres estuvimos muy calladas disfrutando el paisaje, y encerradas en nuestros pensamientos. Un señor con un cuatros estaba sentado en una banqueta en una acera, muy cerca

de nosotras, y cantaba la malagueña de aquí, me quedé con sus palabras que decían:

—«No me obligues que cante, que no puedo/ No me obligues que cante que no puedo/ Me duele el alma, me duele el corazón/ se me acabó la voz y el resueño/ el canto me oprime la respiración/ Ay, no me obligues que cante, que no puedo...»

Capítulo XV

*Un caracol me trae
ignotas canciones marinas.
Aunque viva en otro siglo.*
ENRIQUE PÉREZ DÍAZ

Hijas Amadas:

Ustedes están locas.

Tienen el mismo toquecito que las lleva al riesgo y el disloque del que sufre María Cecilia. Después de dicho esto paso a reconocerles que, fue seguramente eso lo que a mí me sedujo de ella, su capacidad de riesgo, la sin fronteras de su arrojío cuando algo se le ocurre. Y líbrenos Dios del agua mansa.

No es para hablar de la mamá de ustedes que ahora escribo, por lo demás está claro que pienso es la mujer más extraordinaria del mundo, le tengo una profunda admiración y un gran cariño y eso ustedes lo saben de sobra. Es precisamente por ello, que la locura que me han confesado me preocupa tanto.

Díganme ustedes, mis hijas, ¿en qué cabeza cabe que se hayan creído con la potestad para venir a buscarle un novio a su mamá? Pero ¿se dan cuenta del tamaño arrogancia y falta de respeto que han puesto en evidencia?

Caramba, Mafer, tu, que pareces tan madura, tan seriecita, tan que todo lo mides y lo pesas. Y tu Maricris, toda sentimentalidad, toda amor y apurruños ¿Se dan cuenta?

Una mamá que las respeta como si ustedes fueran mujeres hechas y derechas, que no les censura nada, que sería incapaz de abrirles una carta o escucharles una llamada telefónica, que toca la puerta de sus habitaciones y pide permiso para entrar en respeto de su privacidad.

Y ustedes se atreven a violar su privacidad, adoptar su identidad, hacer a su nombre algo que ella nunca hubiera hecho y además hasta establecen correspondencia con un hombre desconocido a nombre de ella y le hacen una cita sin su consentimiento y en su total ignorancia ;!!!!!!!!!

Estoy horrorizado. María Cecilia no se merece eso.

Ahora, señoritas: Asuman su responsabilidad. Que es lo mínimo que pueden hacer.

Y tienen para ello varias tareas:

Ante todo, contarle la verdad a su mamá, con lujo de detalles y sin obviar nada.

Y en segundo lugar, enfrentar a ese señor que además de que apenas conocen, ahora representa un sector enemigo de las causas de su madre. Pero es una persona, que inocentemente se ha creído todo lo que ustedes le han escrito, y me parecería justo le aclararan la verdad de la situación.

¡Quién creería semejante cosas de unas mujeres que han sido criadas como ustedes! ¡En un clima de libertad y respeto, cuando tanto su madre como yo hemos depuesto nuestras diferencias siempre en función de hacerlas felices!

La tarea que les toca no es fácil, el dolor que le van a causar a María Cecilia me costará perdonárselos. Por un lado la ofenderán, porque de hecho están revelando que no la consideran capaz de conseguirse una pareja por sí misma, pero, por otro lado, y esto creo será lo más grave para ella: le están señalando que ustedes consideran que necesita una pareja,

cuando ese es un tema para ella tan grave y tan delicado, habiendo decidido que su vida está entregada a su oficio como ictióloga y mujer de causas sociales.

Quiero mucho a su mamá, les repito, y todos sabemos por años de la raíz de estos asuntos en su conciencia. No la maltraten, es una mujer bella y sensible, se merece otra cosa. Permítanle que llegue a sus propias conclusiones, que supere sus miedos cuando lo crea conveniente. Ella hace otro tanto por ustedes.

Mis amadas: no les queda más que ponerse en acción.

Manténganme informado,

Besos.

Su papá

Salimos del centro comercial Jumbo mudas, la carta de papá pone sobre la mesa lo que ya sabíamos hay que enfrentar la responsabilidad de lo que hicimos. El lío es cómo.

Maricris tiene las manos en los bolsillos del bluejean y camina enfurruñada, mirando el piso, se pone así cada vez que algo la preocupa está muy callada. Yo no sé que siento, por un lado el peso de este asunto que debemos enfrentar, por otro: la tristeza de haber abusado de la confianza de mamá, ella no se merecía una cosa así y me da mucha tristeza, pero no lo hicimos con mala intención. Claro, teníamos que respetar lo que ella ha decidido con su vida, lo que pasa

y esto papá no lo entiende es que, nosotras sabemos, porque la vemos, que mamá si añora la posibilidad del amor, solo que su orgullo y quien sabe cuántas cosas más no le permiten darse un espacio. Bueno, se me ocurre a mí, por algunos detalles.

Lo otro que me tiene atribulada es la carta de mi Julio César, casi me muero al leerla, y leerla, mi veces, hasta que Maricris me halo por un brazo y me sacó del local de internet. Ese es Julio, equilibrado, firme, con una ternura tan de varón, tan suya.

Pero estoy triste porque fui yo la que se portó mal, ¿cómo voy a dudar de la falta que le hago? Soy una tonta. Como quisiera tenerlo aquí y abrazarlo, y meterme en ese hueco que hacen sus brazos, y olerlo, sentirlo, y decirle lo mucho que lo quiero. Pero ¡ni una palabra más! No voy a insistir en que se venga. Y el abuelito tan bello, que adivina todo, que sabe todo, tan callado ahí, como ignorado por los otros, que le dio ese poema de Neruda tan maravilloso. Y bueno es que Maricris está paralizada, se tapa la boca riéndose, ¿de qué se ríe? No, no puede ser. Es, es, ES ¡¡ES JULIO CÉSAR!!!!!!!!!!!!

¡Mi amor! Nos abrazamos enloquecidos.

Él se había escondido detrás de la palma real para darme la sorpresa pero Maricris lo vio y empezó a reírse, él le hacía señas de que se callara cuando lo vio.

Maricris también lo abraza, y le dice: —Cuñadito, cuñadito. Y se pone a llorar, y yo me pongo a llorar también, y Julio César se queda todo desconcertado.

—Pero... ¿qué pasa? ¿Por qué están llorando?

Me lleva a mí de un lado y a Maricris del otro, las dos llorando como dos Magdalenas. Nos sentamos en las escaleras, recostadas de él. Y él no sabe si reírse o qué.

Me agarra la barbilla y me pregunta:

—Conejita, ¿qué está pasando?

—Muchas cosas, muchas.

—Pero, me extraña de ti, «fortalece tu espíritu», ten serenidad.

—Es verdad, pero... es largo de explicar.

Entonces comienzo a contarle y Maricris se suma y así se nos va la tarde, ni siquiera le pregunto cómo llegó, cómo se vino, en dónde está, si tiene hambre o sueño o cansancio, nada, solo le soltamos la avalancha de locuras que tenemos en la cabeza, y lo de la pesca de arrastre, y los fantasmas, y Leiziaga, Y mamá, y Compinche con Laica, y papá y todo revuelto, allí nos va cayendo la tarde, con el crepúsculo marcando una franja en el cielo, y me siento ahora descansada, como un bebé en sus cuna, porque Julio César está aquí a mi lado.

¿Dónde estarán las niñas? Quedaron en ir a revisar internet y tengo ya casi cuatro horas esperándolas, ¿será que Maricris se fue a comer empanadas en lo de Etelvina?

¡Qué raro! Podían avisarme al celular.

María Cecilia atraviesa el lugar de la piscina y camina hacia la playa buscando a sus hijas. Leiziaga está en la barra, se levanta y va hacia ella.

—Doctora González.

—Estoy ocupada, Doctor, busco a mis hijas, ¿las ha visto?

—Las vi salir hace una hora.

—¿Sí?, ¿estaban en la piscina?

—No, iban de salida. Gracias, bueno, hasta luego.

—María Cecilia, la invito a tomar algo conmigo.

—¿Qué? No, gracias.

—Sus hijas deben estar al llegar. ¿Un café? ¿Un refresco? Deme dos minutos.

María Cecilia emite un suspiro largo, como incómoda, y hace un gesto que significa: está bien. Leiziaga sonrío y le señala una mesa bajo la churuata, mirando a la playa.

—Son dos minutos y ya corrió uno.

Él hace un gesto condescendiente y sonrío. Ambos toman asiento.

—Usted dirá. Dice María Cecilia con fastidio.

—El asunto de la pesca...

—Ya no tiene sentido, usted ganó.

—No, yo no gano. Gana la empresa, Maratún, para la que trabajo, eventualmente.

—¿Entonces?

—María Cecilia, usted sabe que la ley no ha sido aprobada y lo más probable era que las cosas quedaran como quedaron.

—Sí, Leiziaga, yo sé muchas cosas sobre todo sé que para proteger las especies en extinción tendríamos que empezar por extinguir a gente como usted.

—No se ponga agresiva, eso no es cierto, sobre todo, no es cierto que usted piense que yo soy así.

—¿Ah, sí? Además es arrogante.

—No, no es eso. Usted sabe quién soy yo y yo sé quién es usted. Cuando la discusión comenzó la empresa se ocupó de proporcionarme toda la información necesaria sobre su récord como ictióloga, conozco la pasión que pone en esto, y las muchas cosas que ha llevado a cabo.

—¿La empresa? Por internet le hubiera sido fácil obtener esa información.

—Estoy seguro de que usted tiene la mía. Hay una pausa silenciosa entre los dos.

—¿Cómo hago para bajar ese muro?

—¿Cuál?

—El que usted ha levantado ante mí.

—María Cecilia hace el gesto de levantarse, él se lo impide.

—Por favor, señora, míreme, necesito que sepa algo.

—No tengo tiempo.

—María Cecilia, ¿recuerdas la vida de las tortugas marinas?

—¿Qué?

—María Cecilia se queda un instante tranquila y vuelve a sentarse.

—Sí, las tortuguitas marinas. Las has visto y has escrito sobre ellas. Yo también. Las tortuguitas marinas nacen porque su madre ha viajado muchos kilómetros para venir a tierra firme a incubar los huevos, se va, los deja allí pueden pasar de entre los cuarenta y sesenta días después de la puesta, los huevos eclosionan y las tortuguitas corren hacia el océano. ¿Recuerdas como se ven?, salen corriendo de sus cascarones como si alguien invisible anunciara la salida de una carrera, están en ese momento a merced de aves cazadoras, de cangrejos y otros depredadores, las que se salvan no vuelven hasta que son adultas y vienen a poner sus huevos en la playa en donde han nacido.

—Sí, lo sé... ¿Qué quiere decirme con eso?

—La supervivencia, María Cecilia, la supervivencia, a los humanos nos pone trampas.

—No entiendo Ramón, quiere que piense que si no haces cosas como esa, la de defender la pesca de arrastre de Maratún, ¿morirás de hambre? Por favor, hay un asunto de dignidad en todo esto. Sé que es un buen profesional en este ramo y que podría estar haciendo mejor papel. Recuerde a Gandhi, «Señor, ayúdame a decir la verdad delante de los fuertes y a no decir mentiras para ganarme el aplauso de los débiles».

Leiziaga permanece callado mirándola, no sabe qué le pasa con esta mujer, le resulta tan veraz, tan auténtica, sensual y valiente.

—Está usted acercándose al asunto del que deseo hablarle. Por favor, lea esta carta.

Ramón Leiziaga extiende a María Cecilia la copia de una correspondencia, con su firma. Ella la toma en sus manos e inesperadamente llegan al lugar Maricris, Mafer y Julio César. María Cecilia se muestra sorprendida y más aún los muchachos.

—Señora María. ¿Cómo está?

—Hola, Julio César, ¿y eso?

—Ah, pues, por casualidad... nos encontramos hace un ratico.

—¿Por casualidad? ¿Cuándo llegaste?

—Al mediodía.

—¿Y cómo sigue tu abuelo?

—Igual, allí.

—¿Estás aquí con permiso de tu casa?

—Sí, claro, papá y mi tía se encargaban del abuelo, me dieron el pasaje en el ferry.

—Maricris y Marifer miran con extrañeza a Leiziaga, desconcertadas, mientras siguen el diálogo de la madre con el muchacho.

—Mamá, ¿puede cenar con nosotros Julio César?

Después buscará donde quedarse.

—Bueno, ¿quieren cenar?

—Yo los invito. Dice Leiziaga.

—No, responde María Cecilia.

Los jóvenes se quedan desconcertados e incómodos.

—Mamá— Dice Mafer: Hay algo que queremos hablar contigo.

Maricris la mira queriendo evitarlo, sabe lo que viene.

—Pero, Mafer, ahora no. Le dice a su hermana.

—¿Y cuándo?

—¿Qué pasa? Pregunta la madre.

—Nada, mamá, tenemos hambre, y...

Julio César, quien ya está al tanto de todo decide ayudar a su novia frente a la madre.

—Señora María, ellas necesitan hablar algo con usted, si quiere caminamos un poco antes de la cena, si no está cansada digo, por la playa, y así van conversando.

María Cecilia no sabe que decir. Finalmente responde:

—Estoy cansada, quisiera subir a la habitación, ¿podemos hablar más tarde? —y volviéndose a mirar a Leiziaga— Gracias por su invitación pero no tengo deseos de comer ahora, ¿le molesta si leo esta carta y se la devuelvo en otro momento?

—No, no, hágalo y conversamos luego.

—Si ustedes quieren, pueden comer en el restaurante o salir cerca, eso sí: no regresen tarde. Voltea hacia la edificación del hotel, y con un hasta luego, se va.

Leiziaga se queda de pie ante los jóvenes, y les dice:

—Mantengo mi invitación a cenar, no creo que haya ninguna dificultad si quieren, los invito.

Mafer y Maricris se miran y ambas tienen la misma idea, sería una oportunidad para saldar cuentas y la presencia de Julio César puede ser un aliciente, un apoyo. Aceptan la invitación, pero Maricris busca un teléfono en la recepción para comunicarse con la habitación y avisar a su madre.

—María Cecilia, acostada en la cama, con la ropa puesta, tiene el control del televisor en la mano, y pasa canales al azar, sin ver nada. Toma el teléfono y ante la petición de su hija, la cual le sorprende, le dice: —Está bien. Díganle que prefiero que coman aquí en el hotel. Cuelga el auricular, y se queda pensativa. Le llama la atención Ramón Leiziaga hay algo en él que la impacta, le produce curiosidad y algo más. Lee pues la carta, la que resulta estar dirigida a la empresa Maratún, es un oficio de renuncia de parte de Leiziaga a los compromisos contraídos con la empresa.

El restaurante francés está en la semipenumbra, con sus lamparitas rojas colgantes.

Muy pocos comensales se encuentran en las mesas, por los cristales se ven las olas más agitadas que de costumbre. Ahora que Julio César está aquí a mi lado aún la penumbra me resulta relumbrante, todo brilla, todo estalla, todo es. Quisiera levantarme de esta silla y decirle a todo: ¡este es Julio, este es mi amor! A los manteles y las mesas, a las copas ordenadas en la barra, al escenario de madera, a las mesas de billar, a los cristales por donde se ve la luna y su luz sobre las aguas del mar. De repente recuerdo un poema que me enseñó papá de un poeta de aquí de Margarita, dice: «Que lindas son las arenas llovidas de luna llena/ que lindas son con el viento marinero», con su mano entre la mía no tengo miedo, ambos nos sentimos fuertes y valientes y ahora podré confesarle al señor Leiziaga todo lo que hemos hecho, que sabemos no fue correcto ni con mi mamá

ni con él. Ahora entiende lo que quería decir su profesora de Literatura cuando escribió en la pizarra: «Sentirse *amado da más fuerza que sentirse fuerte*». Goethe.

Ya todos tienen la carta en la mano, Maricris inesperadamente pide permiso para ir al baño y desaparece, antes ha pedido una sopa de cebollas, todos terminan sus pedidos y el mesonero se retira.

Mafer pregunta a Leiziaga si se ha sentido bien en la isla y en el país, y él le dice que tiene muy poco tiempo pero que encuentra todo muy agradable. Hay un silencio cortante, y Julio César oprime la mano de Mafer en señal de que aproveche el momento para decir, lo que tiene que decir...

Mafer había pensado esperar a Maricris para dada su tardanza, lanza la primera.

—Señor Leiziaga, usted, se preguntará por qué Alga Marina no ha aparecido.

Leiziaga la mira entonces con una mirada nueva, como si saliera de su cascarón, como si hubieran encendido todas las luces de la sala y saltaran pájaros por las ventanas, sus ojos se abren desmesurados.

—¿Cómo dices, maja?

—Como me escuchó. Alga Marina es una persona que iba a encontrarse con usted aquí en Porlamar, en este hotel.

La cara del hombre es cada vez más de asombro, se ruboriza, se ríe, se mueve en la silla. No sabe que decir.

—Espera, espera ¿tú conoces a Alga Marina?

Se podría decir que sí. Señala Julio César.

—¿Sí o no? Contesta Leiziaga.

—Alga Marina no existe, Alga Marina... es mi mamá.

—¡¡¡ ¡Cómo?!!!

Ahora sí piensan que le puede dar un infarto a este hombre.

—No entiendo ¿tu madre? ¿María Cecilia?

—Sí y no. Vuelve a decir Mafer, ahora nerviosa, y soltando los dedos de Julio César.

—Señor Leiziaga, si no se siente bien, yo se lo explico mañana.

—No, no, niña, de ningún modo, yo tengo que saber esto ¡¡por Dios! Es confuso, sigo sin entender. Dime: ¿tu madre corresponde a la verdadera Alga Marina.

—Alga Marina es un nombre ficticio, usted siempre lo supo ¿recuerda?

—Sí.

—Lo que pasa es que, mi hermana y yo decidimos... no sé cómo decirlo, veíamos a mamá sola y tan dedicada a sus peces, entonces nos pareció que ella, bueno, debía tener un amigo, alguien. Y sin consultarla, sin su autorización, inventamos meternos en los correos sentimentales por internet y buscar alguien para ella que tuviera puntos en común, cosas de acuerdo con esa que es mamá— dije.

—Ellas lo hicieron con la mejor intención, señor Leiziaga, no querían lastimar a nadie. Agregó Julio César, en mi apoyo.

Leiziaga está ahora más tranquilo, veo en sus ojos una transparencia que me desconcierta, suave, se parece a la incertidumbre, está pensando. Hay un silencio entre nosotros, y la comida llega, el mesonero sirve plato por plato y se retira. Pero nadie prueba nada. Maricris sigue sin regresar ¿a dónde habrá ido esa hermana mía?

Ramón Leiziaga parece volver de un punto en el pasado o en el futuro.

—Dices que tu madre no sabe nada.

—No, no lo sabe. Eso es lo más grave, porque no encontramos cómo decírselo y, le dolerá mucho.

—Sí, la señora María Cecilia vive como en otro mundo, entre sus peces y sus papeles, es probable que... se sienta muy ofendida o herida con esto. Señaló Julio.

Leiziaga parecía mirar desde su silla el horizonte marino a través de los cristales.

—¿En qué piensa? Me atrevo a preguntarle.

—En... cómo no relacioné la información que tenía de Alga Marina con la que obtuve sobre tu madre.

Ante la cara de alarma de Mafer, aclara.

—Sí, por lo del conflicto con la empresa, obtuve algunas informaciones profesionales sobre ella. Pero las que transmitían aquellas cartas, que ahora entiendo, fueron escritas por ustedes, eran más... personales... ¿Es cierto lo de su padre? ¿Murió en el océano, por el tiburón?

—Sí, así murió mi abuelo, todo lo que le dijimos es cierto. Menos lo que dejamos de decir, su nombre, y otras cosas.

Leiziaga me mira con cierta dureza por primera vez: —Y, por supuesto, lo más grave es que Alga Marina no existe, ustedes la construyeron robando a tu madre, porque la inventada deseaba relacionarse, tu madre no.

No le contesto. Su /NO/ es tan rotundo que no puedo contestar.

Nadie prueba un bocado y yo me acuerdo de Maricris.

—Que extraño, Maricris tiene demasiado tiempo sin regresar, creo que, con permiso, voy a buscarla— Me levanto al baño.

Julio César y Leiziaga quedan solos, Leiziaga sigue embebiendo en sus pensamientos, apenas sonrío, ahora tiene la cara de un niño desconcertado. Julio César se arma de valor y le dice:
—¿Por qué está tan seguro?

—¿De qué muchacho?

—De que ella no quiere relacionarse.

—Porque... así se comporta.

—¿Conoce usted a las mujeres?

—¿Quién las conoce? Los dos ríen.

—Lo que quiero decir— insiste Julio César —es si ha estado casado, tiene hijos, sabe algo sobre ellas.

—Estuve casado, sí, dos veces. Creo que era muy joven... no he tenido hijos, pero he trabajado mucho con jóvenes y niños, siempre en relación con la biología marina, quiero decir.

—La señora María Cecilia es especial, es...

—Lo sé, lo sé, lo sospecho, hijo. Pero ya tiene una barrera.

—Usted... la tumbará ¿verdad?

Leiziaga ríe; já, já, já... no lo sé, no es fácil. Pero, ella me conmueve, me intriga, es bella cuando defiende su sentido de la ética, y es cómo...fresca, si, tiene frescura natural.

Leiziaga y Julio César continúan conversando ignorando la circunstancia a su alrededor.

No encuentro a Maricris, no está en los baños. Salgo a las mesas y estoy alarmada, regreso a la mesa y se lo comunico a Julio César y Leiziaga, me proponen que llame a la habitación, y averigüe si subió, a lo mejor no se sentía bien. Llamo desde el bar. Mamá se extraña, no sabe nada de ella. Me dice que la buscará. Regreso de nuevo a la mesa, Julio César y el señor Leiziaga están cenando ya. No me atrevo a molestar, pero estoy nerviosa. Me incorporo a ellos en la mesa pero no puedo comer ni un bocado.

Julio César nota mi nerviosismo: —¿Quieres que busquemos a Maricris?

—Creo que sí.

—Vamos a dividirnos, voy a acercarme hasta donde tienen a Compinche, es posible que esté allí, ven tú conmigo.

—Para ayudarles, iré hasta la orilla de la playa. Dice Leiziaga.

Casi de inmediato, camino al lugar, Leiziaga ve movimiento entre el personal de vigilancia del hotel, hay dos guardias armados y hablan con los mesoneros de las guayaberas amarillas. Un barco con sirena, la patrulla acuática hace sentir su presencia. Leiziaga se acerca al grupo, le informa de una redada, no le dan mayor noticia, pero están localizando a un grupo de traficantes.

Mientras tanto Julio César y Marifer han llegado al lugar de Compinche, no hay ni una persona en el sitio, que está abierto totalmente, lo que es fuera de lo común. Marifer se acerca a su perro, el que está suelto y se muestra inquieto, jadea, y la parece señalarle hacia un corredor.

—Julio, creo que Compinche quiere decirme algo.

—Vamos, síguelo.

Ambos terminan tras el perro, por la vía cerrada al paso del hotel. Está en penumbras y los lleva el sonido de la respiración de Compinche, después de unos minutos descubren un pasillo iluminado y logran distinguir a dos individuos armados, en lo neblinoso de la imagen Mafer cree ver a su hermana.

Maricris:

Bajé las escaleras del restaurante sin que me vieran, me dio un susto-salto en el estómago cuando Mafer se sentó y me dijo al oído que había que decirle todo a Leiziaga, decidí inventar una ida al baño y salir de allí. Le he dado tantas vueltas en mi cabeza, y no puedo imaginar cómo tomará el señor Ramón todo esto.

Para que no me buscara Mafer me metí en la torre A, la de La Concha, aquí no vendrá.

Pero, ahora que he atravesado los pasillos tengo miedo, siento ruidos extraños, como metálicos, como si salieran de las paredes. En el fondo parece que un tambor no dejara de sonar, un golpe... otro... me siento atormentada y corro buscando la salida, encuentro las escaleras de piedra y dice: Prohibido el paso. Me meto por debajo, sigo, no sé ni dónde estoy, hay ruidos de voces y como chillidos de animales, sigo el pasillo de las paredes de piedra, me mareo. Algo me ha golpeado la cabeza.

Cuando despierto no reconozco el lugar, entre brumas creo distinguir a la mujer, la que he visto vendiendo en el baño las bolsitas plásticas con el polvo blanco, la misma que discutía con dos hombres la otra noche, la del avión, ella no sabe que estoy escuchándola. Le oigo decir

—Esa «chama» ya sabe demasiado.

La voz de dos hombres de nuevo resuena en mis oídos, pero no puedo distinguir lo que dicen. Vienen hacia mi, creo que me agarran y me sientan pero no puedo tener voluntad sobre mi cuerpo.

—¿Qué le diste?

Ella dice algo entre dientes.

—¿Estás loca?

Hablan entre ellos. Ahora no sé de mí. No sé de mí, duermo, no sé, todo es oscuro, oscuro.

De pronto entro como a una gran galería, hay una ceremonia. En el centro está un hombre con un tocado extraño sobre su cabeza. Oigo que le dicen Vocchi. Toma un cráneo y lo llena con vino de palma, una mujer se me acerca y me lleva hasta el grupo sin que yo pueda pronunciar palabra, entonces acerca a mis labios los bordes de aquella copa. Danzan y beben. Vocchi enciende unas hojas retorcidas de tabaco. Mis ojos se abren y cierran a cada rato, posándose en el tumulto de la danza. De pronto las flautas desfallecen. Ahora es el aire de una pastoral fúnebre, todos desaparecen. *«Indiferentes a los hombres son las penas y las alegrías de los que han muerto. Por eso hay tanta piedad en recordarlos. Las fuentes lo saben pues ellos aman los arroyos donde sus sombras se dibujan, junto a la luciérnaga celeste. Se les ve salir de las grutas y subir a las montañas a contemplar los valles desiertos. Su sueño está poblado de imágenes que andan fugitivas hasta confundirse la una con la otra».*²

Julio César y Mafer hacen gala de lo aprendido en la escuela de judo, con elegancia y destreza logran esquivar golpes y hacen que los facinerosos se maltraten a su vez en los inválidos intentos. Pero al mismo tiempo, una mujer y su acompañante han logrado sacar a Maricris del lugar.

María Cecilia alcanza a ver la figura de Maricris sola dirigiéndose a las aguas del mar, le grita desde lejos pero la muchacha parece no escucharla, cerca de ella logra distinguir a dos individuos y la mujer que habían visto en el avión.

² *Cubagua, El Areyto.*

La patrulla marina ha aparecido en la superficie cercana de costa, iluminan una embarcación sin identificación, parece escucharse un tiroteo, algunos gritos.

La noche ha ido ganando en oscuridad.

Con movimientos de autómeta la muchacha continua caminando mar adentro, la madre entonces corre tratando de alcanzar a su hija, quien ya ha entrado al agua en la oscuridad.

Llegan Ramón, Julio César, y Mafer, todos corren hacia el lugar.

Cuando María Cecilia está a punto de entrar al agua Ramón la detiene, se ha quitado la ropa, se lanza él al agua.

Los vigilantes del hotel, algunos hombres con guayaberas color mostaza, se acercan a la orilla con lámparas y frazadas.

Ha comenzado a llover, y es difícil distinguir lo que ocurre.

Los de la patrulla costera han penetrado la embarcación desconocida y ya trasladan detenidos a la embarcación oficial.

Pero no puede localizarse a Maricris entre el viento, las olas y la oscuridad.

Pasa un tiempo, una hora, o más, una embarcación de vigilancia hace un recorrido por la playa.

Finalmente puede verse a Ramón Leiziaga, tiene en brazos a Maricris, aparentemente sin sentido. Ambos son subidos a la embarcación patrullera. Llegan a la costa del hotel.

Mamá corre hacia ellos, a mi hermana la envuelven rápidamente con una frazada, unos camilleros la montan en una ambulancia. Todo ocurre muy rápido.

En la ambulancia va mamá acompañando a su Maricris. Ramón y los nosotros tomamos el automóvil que alquiló mamá.

En el camino Julio César nos habla de su abuelo, las clínicas y los hospitales le recuerdan momento difíciles en los cuales ha tenido que llevar el mismo a su abuelo para ser atendido en emergencias, los olores y hasta el color de los mosaicos en las paredes despiertan en él esa sensación del temor al dolor de los cercanos.

El señor Leiziaga trata de distraernos, insiste en que Maricris estará bien, se recuperará y así lo deseamos todos.

En la Clínica no hay mucho que hacer. Maricris está sin sentido. Se le hacen los exámenes de rigor.

Debemos esperar.

Es una noche difícil y larga.

En la sala de espera estamos todos, mamá está desecha, nadie habla. Me estoy quedando dormida en el hombro de Julio César, entrecerrando mis ojos veo a mamá y Leiziaga muy juntos conversando, él le toma la mano, ella no habla, está triste... Me quedo dormida.

Cuando despierto es mamá que me toca, ahora sonrío, nos invita a ver a Maricris, entramos a la habitación. Los ojos de mi hermana están por fin abiertos. Nos mira con extrañeza.

La abrazo.

La abrazamos todos.

Mamá sale al pasillo con el teléfono celular a avisar a papá que todo está normal.

El médico dice que se repondrá. Parece que mi hermana tuvo alucinaciones, le bajó la tensión, pero sus signos vitales están bien y poco a poco ha ido recuperándose durante la madrugada. No tiene explicación alguna sobre lo ocurrido. O no quiere hablar del asunto.

Pero nos abraza y besa con profunda emoción.

El señor Leiziaga ha salido un momento para regresar con flores para ella y para mi madre. Nos ha parecido un detalle delicado.

Ahora vamos a desayunar todos juntos mientras Maricris recibe los cuidados de la enfermera y el doctor, se le ve linda y serena.

Mamá propone que busquemos empanadas de Etelevina, para traerle luego a mi hermana.

Julio César está hablando con su abuelo por el teléfono y se ríe a mares, al colgar el auricular me abraza y me besa entusiasmado, su abuelo parece mucho mejor.

Epílogo

No soy el viento ni la vela
sino el timón que vela.

No soy el agua ni el timón
sino el que canta esta canción.

No soy la voz ni la garganta
sino lo que se canta

No sé quién soy ni lo que digo
pero voy y te sigo.

GABRIEL ZAID

Mamá ha tenido una reunión muy emotiva con los pescadores para despedirse antes del viaje al aeropuerto. Ellos han sido agradecidos y gentiles y hasta le regalaron unas huevas de liza, hubo abrazos y todo. Ella se comprometió a entregar en las oficinas del Gobierno en la Capital el documento que todos firmaron pidiendo la aprobación definitiva de la Ley de Pesca. Sé que mamá no descansará hasta que ello ocurra, cuando se le mete algo en la cabeza es así, sobre todo si en ello está la justicia de por medio. Julio César y yo le acompañamos, y disfrutamos un montón observándola con sus nuevos amigos.

Ahora estamos en el aeropuerto. Con maletas, lentes oscuros, y hasta la jaula de Compinche quien acaba de despedirse de Laica en las puertas del hotel.

Julio César regresa con nosotras a Caracas y Leiziaga también porque tomará su vuelo a Europa desde allá.

Nuestros cuerpos como nuestros rostros despiden un aire de reposo inesperado después de la tensión de los últimos dos días. Sin embargo, como dice Leiziaga, esta isla tiene un cielo y un aire especial para sentirse curado y capaz de conquistar el mundo. Mucha gente carga maletas, bultos, pertrechos.

Mamá tiene un aire nuevo en su rostro, abraza con ternura a Maricris quien, con una pequeña cámara japonesa nos toma fotografías a todos en pose. Leiziaga pasa su brazo por los hombros de mamá y sonríe, será una gran foto.

Maricris nos acaba de leer el último párrafo de Cubagua a todos:

«Ya no son voces que se alzan del mar: murmullos, clamores vagos, estremecedores, palpitantes, infinitos. Todo estaba como hace cuatrocientos años».

Subimos al avión, pero antes mamá y Leiziaga se abrazan, se han separado un poco de nosotros para hacerlo y algo se dicen que, claro, no escuchamos, pero suponemos. Él le entrega un papel, un sobre (este señor arregla los asuntos con papeles, ya lo estoy conociendo), mamá lo guarda amorosamente. Luego suben.

Todos dentro del avión estamos juntos y no paramos de hablar. Dejamos con tristeza esas costas de Margarita, en las que vivimos tantas aventuras, pero ahora sabemos que el regreso es seguro, porque algo de nuestros corazones se queda en la isla.

En el aeropuerto continuamos la vía hasta el despacho de internacional para despedir a Leiziaga, él está entusiasmado y habla de muchas cosas. Mamá lo mira con ternura. Sabemos que volverá pronto a visitarnos en casa. Después, ya en casa, sobre el espejo de su habitación coloca aquel papel que vi. Él le dio antes, es un poema, no de un español sino de un poeta de Margarita, muy querido. Lo transcribo:

«Mar:

cuando me vaya no borres el camino
Que la nave al partir grave sus aguas
Déjalo intacto hasta que yo regrese
Y así verás por él todos los días
Una mirada triste y un recuerdo
que viajan juntos tras la ausencia mía»

FRANCISCO LÁREZ GRANADO.

Glosario

Banqueta: Banco, silla sin respaldar.

Barcelona: Ciudad de Venezuela, situada en el oriente, capital del Estado Anzoátegui.

Bellalasonce: Planta rastrera con floración continúa, la hay de diversos colores: rojas, blancas, rosadas, sus flores se abren justamente a las 11 de la mañana diariamente.

Cachamas: Pez fluvial de hasta un metro de longitud, de coloración negra o amarilla en el dorso y blanquecina en el vientre. Abunda en la cuenca del río Orinoco.

Carite: Nombre común a varias especies de peces marinos de hasta 70 centímetros de largo. De color azul marino intenso en el dorso y blanco en el vientre.

Catalanas: Pescados de mar parecidos al pargo y la curvina.

Cazón: Tiburón pequeño, tierno

Celular: Teléfono móvil.

Computadora: Ordenador.

Corocoros (*Haemulon*): Peces marinos muy comunes en Venezuela, se encuentran en aguas poco profundas en cardúmenes, cerca de piedras y arrecifes de coral. Crecen hasta 30 centímetros pero la mayoría son más pequeños.

Corrotucho espinoso: (*Diodon hystrix*) Pez con un sistema de defensa en sus espinas, se infla como una bomba y levanta sus espinas puntiagudas de modo que semeja un puercoespín.

Cubagua: corresponde a una isla cercana a Margarita, cuya importancia se debe a la etapa de inicio de la Conquista. Título de la novela del escritor Enrique Bernardo Núñez, publicada por primera vez en 1930.

Cuatro: Instrumento musical semejante a una guitarra pequeña, tiene cuatro cuerdas.

Chama/chamo: Muchacha, muchacho en la jerga juvenil.

Chofer: Conductor de automóvil.

Empanada: Pastel relleno semicircular, plato típico de distintos lugares de Latinoamérica, semejante a la empanada gallega, de menor tamaño y cuya masa se realiza con harina de maíz.

Guacuco: Molusco de las costas orientales de Venezuela.

Guaikeríes: Nación indígena dispersa por distintas partes del territorio venezolano. Las referencias de la Colonia a los Guaqueríes se limitan a las de los frailes Capuchinos. La lengua Guaquerí es señalada por algunos investigadores como dialecto de la lengua Caribe. Las tribus dispersas de la familia Guaikerí se debieron transculturizar muy diversamente en contacto con otros pueblos de lenguas diferentes.

Guayabera: Vestimenta masculina, camisa, con detalles, alforjas, dobladillos, bordados, de diseño correspondiente al Caribe.

Margarita: Isla venezolana situada en el Mar Caribe, corresponde en la división política territorial al Estado Nueva Esparta, cuya capital es La Asunción. Zona de perlas de cultivo.

Mija, mijita: Relativo a: Mi hija, mi hijita

Nilá Cálice: Personaje femenino protagonista en la novela Cubagua de Enrique Bernardo Núñez. En la historia se dobla y es la hija de un cacique indígena en el período de la Conquista, al mismo tiempo que una muchacha profesional moderna del siglo XX.

Pampatar: Pueblo de Margarita, Estado Nueva Esparta, Venezuela.

Parguito: Pargo, Pescado popular de mucha demanda en Venezuela, puede llegar a pesar 15 kilos y medir 70 centímetros. Por su valor económico es muy importante para los pescadores se encuentra en aguas poco profundas.

Parque Bararida: Parque Nacional de Venezuela, con depósito de fauna lacustre y terrestre ubicado en la Ciudad de Barquisimeto, Edo Lara.

Piaroa: Grupo indígena venezolano que ocupó la extensión entre los ríos Orinoco y Ventuari en la Guayana Venezolana. El 3,6% de la población indígena total venezolana es piaroa. Entre los elementos constantes en su cosmogonía literaria aparece el árbol en su entronque con el cielo y la imagen del diluvio.

Escritores cuya referencia aparece en la novela:

Dulce María Loynaz: Poetisa cubana. Recibió numerosos galardones: Orden Carlos Manuel de Céspedes, Medalla Alejo Carpentier (Cuba) y Orden de Alfonso X el Sabio (España). Premio Nacional de la Literatura (1987), Premio de la Crítica (1991) y Premio Cervantes (1992). Murió en la Habana en 1997.

Enrique Bernardo Núñez: Novelista venezolano, periodista y cronista de las ciudades de Caracas y Valencia. Su novela *Cubagua* se considera una obra de vanguardia aún vigente en la narrativa latinoamericana, por lo novedosa de su estructura y la trascendencia poética de su lenguaje.

Enrique Iglesias: Cantante español de música popular.

Enrique Pérez Díaz: Escritor cubano, autor de numerosos libros para niños, y ensayos sobre el tema. Tiene un poemario inédito titulado: *Haikus y otros poemas al mar*.

Francisco de Quevedo: Poeta español del Barroco, sonetista de alta categoría nacido en el siglo XVI.

Francisco Lárez Granado: Poeta venezolano oriundo de la Isla de Margarita.

Gabriel Zaid: Poeta mexicano contemporáneo. Entre sus libros: *Fábula de Narciso y Ariadna*, *Práctica moral*, *Cuestionario*.

Jairo Aníbal Niño: Escritor colombiano ampliamente conocido por su obra dirigida al público infantil y juvenil. Con su libro *La alegría de querer*, obtuvo el Premio Misael Valentino en Cuba, y el Premio Caracol en México.

Joaquín Pasos: Poeta nicaragüense contemporáneo. Su obra está reunida en el volumen *Poemas de un joven*.

Lope de Vega: Escritor español del llamado Siglo de Oro, dramaturgo y poeta. Autor de piezas de trascendental importancia como *Fuenteovejuna*.

Pablo Neruda: Reconocido poeta chileno, ganador del Premio Nobel de Literatura. Autor de numerosos títulos: *Canto general*, *Veinte poemas de amor y una canción desesperada*, *Los versos del Capitán*, *Libro de las Odas*, etc.

Reyna Rivas: Poetisa y filósofa venezolana. Entre sus obras: *Huéspedes de la memoria*, *A la orilla del tiempo*, *Diálogos con la piedra*.

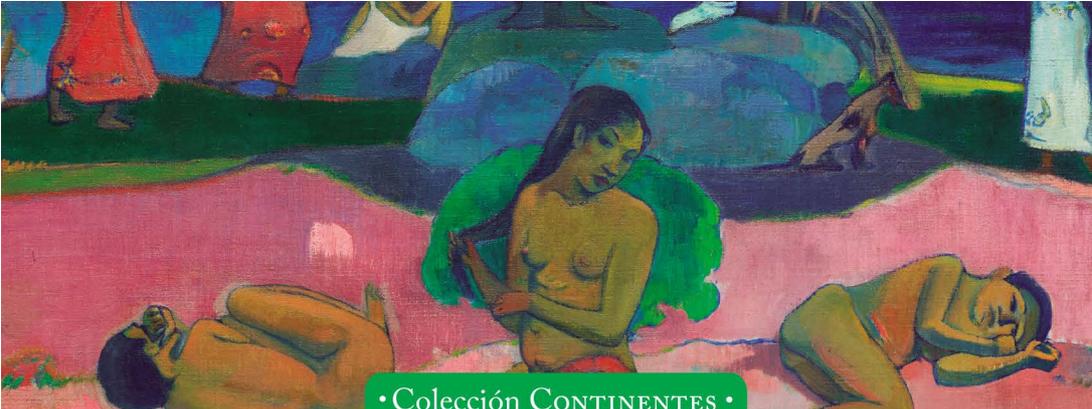
Índice

Capítulo I	11
Capítulo II	17
Capítulo III	21
Capítulo IV	29
Capítulo V	33
Capítulo VI	37
Capítulo VII	41
Capítulo VIII	49
Capítulo IX	55

Capítulo X	61
Capítulo XI	67
Capítulo XII	77
Capítulo XIII	83
Capítulo XIV	87
Capítulo XV	93
Glosario	117

Si tú me miras

Se imprimió en el mes de noviembre de 2023
en la Imprenta Bicentenario de Carabobo
Caracas, Distrito Capital, Venezuela
Son 1.000 ejemplares



• Colección CONTINENTES •

“Un libro tierno, alegre, original, moderno, magnífico en más de un sentido, que gusta a los jóvenes, una novela de amor con trasfondo de denuncia social, temas ecológicos y tramas paralelas de cierto aire misterioso o de suspenso; que trata de una mujer divorciada, que se agobia por el trabajo y los avatares de la vida moderna, va de vacaciones a la isla de Margarita con sus dos hijas adolescentes, chicas modernas y de temperamento vivo y audaz. Los que eran unos simples días de playa, se complican con hallazgos que hacen una narración entretenida y de gran ritmo”.

ENRIQUE PÉREZ DÍAZ, REVISTA *ARTE DE LEER*

Laura Antillano (1950). Autora de novelas, cuentos, ensayos, poemarios y textos para niños, es egresada de la Universidad del Zulia en Literatura Venezolana e Hispanoamericana como Licenciada y Magíster. Su cuantiosa obra incluye novelas, libros de cuentos, ensayos, obras para niños y poesía. Fundó y dirigió por varios años el Teatro Chímpete-Chámpata de la Universidad del Zulia. Ha sido articulista por varias décadas de diferentes diarios en Venezuela. Fue la primera escritora en recibir el Premio de Cuento del diario *El Nacional* (*La luna no es de pan de horno*, 1977). Entre otros reconocimientos recibió el Premio Nacional de Cultura Mención Literatura en 2015.



IMPRESO EN TIEMPOS DE
GUERRA ECONÓMICA
CONTRA VENEZUELA



Ministerio del Poder Popular
para la Cultura

